

EL HOMBRE TERCIARIO.

Entre las cualidades que separan y distinguen al espíritu humano de las demás existencias terrenales, figura en primer término una insaciabilidad constante que le mueve y obliga á ir siempre más allá en el orden de los conocimientos. Excelencia y defecto á la vez, origen de grandes peligros y de dichas supremas, íntimo tormento que á veces se convierte en satisfacción purísima, este afán de investigar y conocer nos lleva á los más oscuros antros del error ó nos acerca á las esferas celestiales. Bien encaminado, exalta al alma hasta el punto de hacernos dignos del glorioso título de imagen de Dios: mal dirigido, torpemente agitado por intenciones pecadoras, hace asemejar nuestra soberbia á la del ángel caído.

Pero aún en el espíritu investigador que cae, se nota la virtud de nuestro sér y la alteza de nuestros destinos. Abrir los ojos para no ver es como pecado cometido contra nuestra propia naturaleza y profundo desconocimiento del fin á que aspiramos. Mas este espíritu, que por su natural condición está expuesto á todos los errores y á todas las caídas, tiene por superior providencia una guía amorosa en aquella Maestra augusta fundada por el Señor para que nos ilumine y aconseje y lleve al alma dócil por los senderos de la verdad, última aspiración de nuestro espíritu y pátria anhelada de nuestros deseos.

Entre la sabiduría providente y eterna á quien debemos este magisterio y la verdad científica, no puede haber oposición verdadera: antes bien, se aman estrechamente y juntas viven en perdurable consorcio. No es la Iglesia enemiga de la ciencia, ni ésta puede entrar en lucha legítima contra ella: como que viven de la misma vida y cumplen sus fines en co-

muni6n dichosa. La Iglesia recomienda proceder c6utamente y con discreci6n exquisita en las investigaciones peligrosas para la f6 de las almas y para la integridad del sagrado dep6sito de los dogmas; pero nunca abre abismos ante las plantas de los pensadores bien intencionados, que escudri6an los secretos del esp6ritu y de la naturaleza, que analizan escrupulosamente los fen6menos del alma 6 que lanzan la mirada anhelante 6 la inmensidad de los espacios infinitos.

Por eso, luego que las ciencias modernas han puesto mano en la 6rdua 6 inacabable tarea de se6alar los or6genes del mundo y del hombre, ni la doctrina cat6lica, ni sus doctores m6s respetables han puesto reparos ciertos 6 este linaje de averiguaciones. S6lo que, alarmados los cat6licos por la direcci6n dada 6 los nuevos estudios, y entrando en ellos con la gloria y fortuna de todos conocidas, ponen tiento en los atrevimientos censurables, para que la impiedad no recoja laureles en los nuevos campos. Mas no han hecho otra cosa, contribuyendo en cambio su intervenci6n eficaz para que la ciencia se mantenga dentro de los l6mites consentidos y no convierta en viles escorias lo que ha de ser oro acendrado.

As6 es, que en lo tocante 6 las ciencias arqueo-geol6gicas y 6 la historia del hombre, no s6lo consiente la Iglesia todo g6nero de disquisiciones, sino que las fomenta y premia con sus aplausos y alabanzas. Ni aun en los primeros d6as de estos estudios mostr6 alarma 6 inquietud, porque segura de la fortaleza inquebrantable de sus dogmas, nada podia temer de ellos en definitiva, esperando que, pasadas las primeras locuras, vuelva 6 su c6uce natural la raz6n humana.

No hay, pues, problema cient6fico que deba ser desechado 6 tontas y 6 locas y sin pr6vio ex6men, cuando se presenta en determinadas condiciones. Y aunque 6 primera vista el que constituye el objeto de este trabajo produce alguna inquietud, procederemos mejor estudi6ndolo con ahinco, que anatematizando la doctrina que contiene. Parece, en efecto, que la existencia del hombre durante el per6odo que los ge6logos llaman terciario, contradice la esencia misma de la narraci6n mos6ica, y se opone del todo y con vigor 6 la exactitud de la cro-

nología bíblica. Es menester verlo, y es preciso tambien notar como punto de partida, que un docto eclesiástico ha sido el primero que ha expuesto la doctrina del *hombre terciario*, opinando resueltamente en favor de su existencia.

Puedo y aun debo adelantar la idea de que yo no acepto este parecer, y de que voy á combatirle; mas entiendo que haré mejor en esto que en condenar sin autoridad de ninguna especie una teoría no del todo irracional, apoyada en hechos y documentos de orden humano y que no ha sido censurada por la Iglesia, y ni siquiera calificada de peligrosa por las autoridades de la ciencia cristiana.

Libreme Dios de condenar en absoluto el propósito nobilísimo de penetrar en los secretos más oscuros de la ciencia humana. Glorificación meritoria de su Creador es el empeño de la inteligencia de caminar adelante en la averiguación de las causas de los fenómenos naturales, y resultados maravillosos produce, aun en el orden religioso. Porque, como se ha dicho, la poca ciencia conduce á la impiedad; y la verdadera sabiduría lleva al espíritu á los piés del Supremo Hacedor de todo lo creado, del gran Regulador de las leyes naturales, del eterno Conservador de las maravillas de toda especie. Abramos, pues, nuevos horizontes á las especulaciones de la inteligencia, pero cuidemos de que se convierta en servidora de la verdad y en amiga de Dios.

De suerte que la misma ley de católicos en que vivimos, nos obliga con imperio soberano á proseguir la obra de tantos varones insignes como han conducido á la ciencia por el camino de la verdad religiosa. Y debe movernos á no desdeñar los progresos legítimos de la humana sabiduría, y á aceptar valientemente el reto constante de los impíos, que nos llaman al supremo combate en todos los terrenos, fiados, por desdicha, en que no hemos de acudir con la esperanza del triunfo en los corazones, y con la fé de nuestros principios en la inteligencia.

Entre los temas más cultivados por la ciencia contemporánea, figura en primer término el de la antigüedad del hombre y del globo terráqueo. Dentro de él se debate vivamente la

cuestión del hombre terciario, es decir, la teoría de que existió el hombre durante el período terciario, que, según su nombre indica, corresponde á la tercera y penúltima gran revolución geológica de la creación. Para comprender lo que va á decirse, debe tenerse presente que hoy no hay duda formal de la existencia del hombre durante el período cuaternario, y por tanto, que éste es asunto decidido por los hombres competentes. Mas aunque se supone en general, casi por la totalidad de geólogos y antropólogos, que durante la tercera época geológica no vivió nuestra especie, los hallazgos de M. Bourgeois, á quien principalmente se refiere este trabajo, han suscitado la teoría de que el hombre vivió en la época pliocena, ó tercer horizonte del período terciario, según unos; en el horizonte medio, según el abate Bourgeois y otros. Hasta ahora nadie ha hablado de la época eocena, primera del período terciario: algún día se pretenderá descubrir señales de la vida humana en sus capas y yacimientos.

No es inútil ni liviana esta cuestión del hombre terciario. Toca más ó menos directamente á dogmas tan fundamentales como la creación del hombre por Dios, la unidad de la especie humana, la existencia de los preadamitas, la época del Diluvio y la cronología bíblica. Los enemigos de la fé, que pretenden demostrar la falsedad de los libros Sagrados, mueven gran ruido con la cuestión del hombre terciario, porque de esta manera, y dando al origen del hombre una antigüedad extraordinaria, confirman por una parte las conclusiones de la escuela transformita, según la cual los seres cambian de condición y forma en virtud de un larguísimo proceso, y pretenden destruir por otra parte la cronología bíblica. Pero ¿existe ésta acaso? ¿Ha sido fijada alguna vez por la autoridad de la Iglesia? ¿Conviene los doctores y exejetas en las tablas cronológicas? Ciertamente que nó: y bastará decir, en confirmación de esto, que mientras la versión samaritana daba á las generaciones anteriores al Diluvio una antigüedad de 1.307 años, la hebraica aumentaba esta cifra hasta 1.556 y la de los Setenta llegaba á los 2.242. Y los más ilustres comentadores católicos no han convenido tampoco en los cálculos, no pu-

diendo nosotros inclinarnos á la opinión de San Agustín, por ejemplo, porque difiere de la de nuestro Arias Montano ó de la que aceptó San Clemente de Alejandría. Así resulta, que hasta el siglo XVII fué más seguido el cálculo de los Setenta y despues fué más estimado el de la Vulgata.

Un doctísimo maestro de teología de nuestra generación, el Padre Perrone, ha dicho sobre el asunto: «Es de advertir, que el católico lo mismo puede seguir la cronología de los Setenta que la del texto samaritano, y por consiguiente, lo mismo se puede poner sin menoscabo de la fé, y entre Adán y Jesucristo, 4.000 años, que 6.311 como Paurinio: y por tanto, si realmente demostrasen monumentos indubitables que la antigüedad del hombre es tan grande, ningun menoscabo sufriría la Religión ni la autoridad de los libros sagrados.» Y un sacerdote piadosísimo ha dicho en una Revista católica de gran fama esto, que es muy notable: «Queda sin resolver la cronología bíblica: á las ciencias humanas corresponde averiguar y señalar la antigüedad de nuestra especie. Pero que esperen los sábios la aparición de datos irrecusables para hacerlo, que no incurran en exageraciones ni se dejen llevar de la fantasía.» Y sobre todo, añado yo, que no pretendan volver contra Dios la sabiduría que de él han recibido.

No tenemos, pues, que cobrar miedo á los adelantos de las ciencias en sus relaciones con la cronología. Y si alguna vez, lo que no espero, resultase probada la existencia del hombre terciario, nada se concluiría de aquí contra la integridad de los dogmas. El mismo promovedor de este gran asunto decia, no mucho antes de su reciente fallecimiento, al ilustre Moigno, el autor de *Los esplendores de la fé*, que en manera alguna se había propuesto menoscabar el depósito sagrado de nuestras creencias, de la Religión de que era fervoroso ministro. Y como el afán de ensanchar los límites de nuestra historia aqueja principalmente á los admiradores más ó menos sinceros de la civilización, yo entiendo que hacen una atroz injuria al linaje humano suponiendo que éste no ha tenido bastante tiempo para llegar al grado de perfección actual en 6.000 años, que por término medio conceden los intérpretes. Con relación á

aquella fecha, puede decirse que es de ayer el origen de Grecia y Roma, en cuyos principios vivia la Europa en plena edad de piedra. ¿Y no ofenden á la inteligencia humana los que suponen á los europeos incapaces de llegar á poseer alguna cultura durante un período que excede de 3.000 años? Más honramos nosotros, los reaccionarios y oscurantistas, á nuestro linaje concediéndole facultades cognoscitivas bastantes para alcanzar las ventajas y esplendores de la civilización. Y si la geología se muestra contraria á la posibilidad de una antigüedad remota, la paleontología y la arqueología han negado hasta ahora sus datos y su auxilio á los grandes cómputos, aniquilando de paso las blasfemas y atrevidas afirmaciones de Buchner, Vogt y otros ateos.

El abate Bourgeois se habia dedicado con empeño á las cuestiones prehistóricas; pero antes de surgir en su mente la idea del hombre terciario, se contentaba con estudiar las capas geológicas, distinguir sus diferentes horizontes y recoger una importante colección de hachas, cuchillos, raspadores, sierras y demás instrumentos y utensilios de la edad de piedra. No pasaba de esto, que era laudable y se ajustaba á todos los principios del buen sentir; mas en 1863, en los alrededores del pueblo de Thenay, descubrió algunos trozos de sílex, que al cabo de dos años calificó de armas prehistóricas, depositados en un yacimiento que, prévio maduro exámen, consideró como de formación terciaria.

Claro es que en un arqueólogo habia de suscitar grande regocijo el singular hallazgo. Tienen los aficionados á la arqueología sus inclinaciones poéticas, y no refrenan por lo comun la imaginación tanto como fuera menester, porque al cabo, tendencia natural é irresistible del espíritu humano es el cruzar las fronteras de la felicidad cuando apenas se descubren. Y cierto que, si en todos los hombres estudiosos y amantes de la ciencia, el hallazgo de un hecho nuevo, la demostración de una ley ignorada, la feliz resolución de un árduo problema, deleitan y alborozan en extremo, este deleite y este alborozo no tienen igual cuando se trata de arqueólogos. Parece como si el corazón humano hallase una felicidad in-

comparable en el descubrimiento de las cosas ya olvidadas.

Pues bien: los sílex de Thenay y el yacimiento en que se hallaron, eran para el abate Bourgeois el suceso más notable que pudiera desear. Con tanta buena fé como acaloramiento dirigió su razón y sus operaciones á demostrar esta tésis sorprendente: «el hombre terciario ha existido.» Iba, más bien que á inquirir, á probar: método expuestísimo al error en las ciencias experimentales.

Presentóse despues en el Congreso de antropología y arqueología prehistóricas celebrado en París en 1867, y anunció su descubrimiento, que causó gran novedad en el mundo sábio. Digamos en honor de éste que casi en su totalidad se opuso á la nueva idea. Pero algunos miembros del Congreso, y principalmente Worsacæ, arqueólogo danés de fama universal, se pusieron de parte de M. Bourgeois, quien alentado por por ello, fiel amante de su idea, sometió de nuevo la cuestión al Congreso de antropología y arqueología que se reunió en Bruselas en 1872.

El asunto se debatió entonces con alguna amplitud, aunque no tanta como exigía. Se nombró una comisión, cuyos individuos no convinieron en lo más elemental del caso, que era en decidir si los sílex hallados por el abate Bourgeois en el yacimiento de Thenay eran simples trozos de piedra, agudos y cortantes por virtud de causas ordinarias, ú objetos labrados por la mano del hombre. La mayor parte de los miembros de la comisión, quizá los más entendidos, dieron un dictámen contrario.

Sobre la cuestión, no ménos digna de ser resuelta, de la antigüedad del terreno de Thenay, el abate, además de exponer su propio é íntimo convencimiento, apeló al testimonio de alguno de los asistentes que emitieron voto favorable.

Al mismo tiempo que M. de Bourgeois planteaba este gran problema en el Congreso de París, se presentó un amigo suyo, tambien sacerdote católico, tambien sábio, con unos huesos fósiles de *halitherium*, extraídos de terrenos terciarios, con ciertas ranuras é incisiones, que atribuía á los dientes del hombre.

Tambien M. Desnoyers, otro paleontólogo, dió algo que hablar con unos huesos encontrados cerca de Chartres, en terrenos verdaderamente terciarios; que llevaban las mismas estrías ó incisiones, hechas, al parecer, por la mano del hombre. Ya se comprende que, encontrándose fósiles de la época terciaria con señales impresas de los dientes y de la mano del hombre, éste debió existir en dicha época. La conclusión era legítima; pero no eran ciertos los fundamentos, como oportunamente veremos.

No son éstos los únicos datos alegados en favor del gran descubrimiento. En el mismo Congreso de Bruselas anunció el portugués Sr. Ribeiro, que en su patria se hallaban tambien testimonios favorables á la nueva doctrina. Digo mal: los hallazgos portugueses eran anteriores á los que harán célebre para siempre el nombre del abate francés. El Sr. Ribeiro aseguraba que habia descubierto numerosos ejemplares de armas de piedra en terrenos sin duda alguna de formación miocena, y próximos á Canegado, á unos 40 kilómetros de Lisboa.

El profesor italiano Sr. Capellini presentó al Congreso de antropología de Pesth en 1876, varios huesos fósiles hallados junto á Siena con incisiones y ranuras hechas por la mano del hombre, segun defiende y proclama con éxito no completo, aunque el terreno en que yacian no era mioceno, sino plioceno, es decir, del último horizonte terciario.

Por último, hace pocos meses anunciaron los periódicos británicos que un compatriota suyo, M. Frank Calvert, habia descubierto á orillas de los Dardanelos y en terrenos terciarios de la época miocena, huesos, conchas y un trozo fósil de mastodonte ó *dinotherium*. Este hueso ofrecia la imagen grabada de un animal con cuernos, mal trazada, sin duda, pero que era producto de una industria antiquísima, y obra de un precursor de Apeles y Murillo en el período terciario. Como se ve, los descubrimientos del abate Bourgeois y del Sr. Ribeiro, son despreciables al lado de éste. Convengamos en una cosa para no molestar más la atención del lector, y es en que este hallazgo portentoso no ha movido la curiosidad de nadie: ¡tan inverosímil ha parecido!

No creo que sea preciso hablar del cráneo de California, cuya fama ha decaído tanto, ni de lo que el varón Dücker pretende haber descubierto en el depósito de huesos fósiles de Pikermi, junto á Atenas, porque de esto nadie habla ya, ni aún para combatirlo.

He resumido los hechos y presentádolos sin oscurecerlos con la menor sombra de duda sobre la buena fé de sus narradores y testigos, principalmente interesados en exponerlos del modo más favorable á sus propósitos y doctrinas. Es menester ahora fijar el valor lógico de estos descubrimientos, y someterlos á un análisis, que no ha de ser muy detenido.

Corresponde de derecho á los hallazgos de M. Bourgeois la prelación de este exámen. De él es la prioridad de haber propuesto el problema á que se refieren tantos absurdos y razonamientos, divagaciones y teorías, hipótesis y conjeturas. Si bien es cierto que la doctrina contraria al hombre mioceno adquiere nuevos prosélitos, y pasa ante la generalidad de geólogos y arqueólogos como inconcusa, todavía hay soñadores empedernidos que creen en el hombre terciario como en cosa de todo punto averiguada.

Pues bien; lo primero que, según hemos dicho, importa debatir, es la autenticidad de los sílex de Thenay. M. Bourgeois, que los ha comparado con multitud de ejemplares de diferentes tipos prehistóricos, juzgaba con convicción profunda que son producto de la industria. Contra su parecer, apoyado por algunos miembros del Congreso de Bruselas, está el de hombres tan eminentes como Steenstrup, Virchow y Desor. Esta diversidad de pareceres prueba que no es evidente la huella del trabajo humano en las piedras de Thenay. Aquellos de mis benévolos lectores que conozcan los objetos de la edad de piedra y la naturaleza de los sílex, y su fractura laminar ó concoidea de aristas agudas, saben bien que se encuentran á montones en todas partes pedernales que parecen tallados con intención, y que, á pesar de esto, son ciegos caprichos de la naturaleza. Yo mismo, que miro siempre con recelo todo utensilio de la antigüedad, y que no reconozco ésta sino con las precauciones debidas, he recogido de las

canteras de cuarzo, de las orillas de los caminos y del fondo de los valles gran número de piedras, en que una imaginación más acalorada hubiera visto hachas y flechas de la edad prehistórica.

El sábio sacerdote del Oratorio, M. Hamard, cuyo excepcionalismo en estos asuntos, manifestado en sus obras anteriores, ha menguado bastante, no se declara convencido por el exámen de los silex de Thenay, á pesar de que lo llevó á cabo en unión del abate Bourgeois y oyendo sus entusiastas observaciones con imparcial atención. El mismo Hamard asegura, bajo la fé de su palabra, que en la colección de M. Chabas, otro escritor meritísimo, ha examinado diferentes pedernales *secundarios*, que se asemejan más á las armas de la edad de piedra que los silex terciarios de M. Bourgeois.

Cuando arqueólogos eminentes han rechazado la autenticidad de los silex de Thenay, sin duda que no eran éstos dignos de crédito. El sábio director de los *Materiales para la historia del hombre*, aunque opina en favor de aquella autenticidad, reconoce que el labrado no ha sido hecho por percusión, como se acostumbró en toda la edad de piedra, sino por medio del fuego. ¡Confesión singular, que destruye su propio dictámen! Porque además de ser inverosímil que el hombre apelase al singular procedimiento de prepararse sus utensilios de piedra por un medio tan poco á propósito como es el fuego, se demuestra que su acción, proviniese del rayo ó surgiese del centro de la tierra, habría ocasionado la fractura de los famosos ejemplares de Thenay. Y nadie ignora que el cuarzo se rompe y fracciona lo mismo por la acción del calor que por la del frío. Además, junto á los silex de Thenay no se han encontrado restos de cenizas, ni carbones, ni huella alguna de fuego, y eso que en las brechas huesosas, ó en el fondo de las cavernas, ó bajo los dólmenes célticos se encuentran mezcladas esas huellas con las armas de piedras auténticas y con los huesos de los animales devorados por el hombre prehistórico.

El exámen de la cuestión se ha llevado hasta el extremo de someter á una temperatura algo elevada pedernales reco-

gidos en Thenay, y por tanto, procedentes de la cantera de donde salieron los que poseía el sábio eclesiástico promovedor de esta algarada prehistórica. Pues bien, esos pedernales se han roto, produciendo formas análogas á las de los imaginados utensilios del orden terciario. Y nótese que el arqueólogo cuyo exámen práctico ha arrojado esta conclusión es M. Alejandro Bertrand, uno de los hombres que con más talento y ahinco se consagran en Francia á los estudios prehistóricos, y cuya última obra es estudiada con verdadero fruto. Y un escritor, que tiene buena parte en la redacción de la naciente y ya célebre *Revista de cuestiones científicas*, ha comprobado la exactitud del experimento de M. Bertrand.

Otro observador peritísimo añade que los sílex de Thenay se han roto por la acción del fuego: y como no hay memoria ni dato de que los hombres de la edad de piedra han usado de este procedimiento, la duda crece al ver que los hombres miocenos de Thenay hayan hecho lo contrario de lo que hicieron todos los contemporáneos del período cuaternario en todos los países del mundo.

La segunda gravísima cuestión se reduce á la antigüedad del terreno en que se hallaron las famosas piedras. ¿Es terciario? ¿Es de aluvion? M. Bourgeois insiste en decir que no tiene duda alguna sobre aquella antigüedad y no es él solo quien lo sostiene. Pero aquí ocurre lo mismo que en lo tocante á la autenticidad de los objetos examinados por el Congreso antropológico de Bruselas, pues muchos hombres peritísimos dudan de lo que toca al terreno de Thenay. Y puede añadirse, no fuera de ocasión, que en esto de la clasificación de algunos terrenos, la geología no ha establecido aún reglas inflexibles y ciertas que permitan asentar las opiniones sobre fundamentos incontrovertibles. Un geólogo, conocedor del terreno de Thenay tanto ó más que el abate, se abstiene de calificarle de terciario, y confiesa que sus elementos están desordenados, declaración preciosa que sugiere al punto la idea de que los sílex, áun siendo obra humana, pudieron haber sido introducidos en las grandes alteraciones geológicas que acumularon los horizontes superiores de aquella comarca, en la

cual se ha reconocido por el mismo Bourgeois el acarreo de grandes aluviones marítimos. De suerte que esto hace creer, áun admitida la autenticidad de las piedras labradas, que este acarreo, obra de tiempos cuaternarios, pudo traerlas de otra parte, cuya opinion confirma aquel escritor, manifestando: primero, que los restos de animales fósiles del yacimiento que califica de terciario proceden de otras regiones; segundo, que están removidos los elementos de ese terreno; tercero, que reconoce hasta con placer la semejanza entre esos objetos de piedra con los análogos de la época cuaternaria. ¿Qué más pruebas se necesitan para destruir el dictámen de M. Bourgeois que sus propias confesiones? El error siempre se contradice. Y sin embargo de que el sábio abate ha muerto perseverante en él, no ha retirado algunas de esas confesiones en el metódico estudio que publicó en 1877 en la *Revista de cuestiones científicas*.

La verdad es que no cuesta gran trabajo el imaginar que si los objetos de M. Bourgeois son realmente producto de la industria humana, la capa geológica en que yacian no era terciaria.

Ya hemos visto que ofrece señales de haber sido removida, no ahora, sino en tiempos muy remotos. Bien pudiera ser que los grandes trastornos de la naturaleza, que la energía de las convulsiones ocurridas en la misma época pliocena ó en la cuaternaria, ocasionasen el fenómeno curioso, aunque no sé si único, de que una parte de terreno terciario cambiase de posición ó aspecto, produciendo una especie de ficción geológica.

Pero no creo que es necesario acudir á esto, que al fin es tambien un recurso arbitrario, para destruir del todo la teoría en que me ocupo. Vale más proceder derechamente y negarse á ver la luz donde no hay más que tinieblas, y ayudarnos con los principios de la ciencia y los resultados de las observaciones casi constantes, para sacar en limpio que es pura imaginación y sorpresa, de que no han podido librarse la buena fé y la inteligencia de muchos hombres, esta singular teoría, que no obstante su poco valor, trae alborotados á los antropólogos, geólogos y naturalistas.

Por último, el exámen del terreno de Thenay, y singularmente del sitio en que ocurrió el hallazgo, mueve al docto sacerdote M. Hamard á hacer estas observaciones:

«Consideraciones de otra naturaleza acaban de mostrar lo inverosímil de la hipótesis. Por el cuadro que acabamos de trazar se ha visto que en ocho capas inmediatamente superpuestas, y que responden á ocho períodos consecutivos, se habian encontrado fragmentos de silex de formas casi idénticas. Si esos fragmentos fueran verdaderamente productos de la industria humana, se seguiría que desde los principios del período mioceno hasta el nuestro, es decir, durante toda una série de millares de años (más de 100.000, al decir de los más moderados geólogos), el hombre habia vivido en un mismo punto del globo, viéndole sucesivamente ocupado por un lago, recorrido por un rio, invadido por el mar, y de nuevo atravesado y profundamente destrozado en la época cuaternaria por poderosas corrientes, y que durante todo este tiempo el hombre habia usado de los mismos instrumentos de piedra cortada, sin modificar notablemente la forma de ellos. Las condiciones atmosféricas habrían variado; la fáuna se habría renovado á su alrededor en diferentes ocasiones; habrían desaparecido unas especies, y otras las habrían reemplazado para desaparecer á su vez; sólo habría quedado el hombre, semejante siempre á sí mismo, abismado durante centenares de siglos en la más profunda barbárie, sin el menor progreso, sin avanzar un solo paso hácia la civilización.»

Pero si los silex de Thenay no persuaden al ánimo sereno y no acalorado, ¿valdrán para más los descubrimientos del Sr. Ribeiro? La seguridad con que éste calificó de armas de piedra los ejemplares recogidos por él en Canegado, causó gran impresión en el Congreso de Bruselas; pero cuando se procedió á su exámen, el mismo Bourgeois, con una buena fé digna de alabanza, dijo: «Yo tendria interés en reconocer silex tallados en los objetos presentados por el Sr. Ribeiro; pero en conciencia debo declarar, que en ninguno de ellos encuentro señalada la acción del hombre.» Y aunque al dia siguiente modificó este dictámen respecto á uno solo, se abstuvo, así

como M. Franks, de calificar de terciario el yacimiento descrito por el ingeniero portugués. La duda era, pues, trascendental, y conviene decir que no se ha vuelto á dar importancia alguna á los datos del Sr. Ribeiro. Los mismos defensores de la teoría del hombre terciario procuran no traerlos al debate.

En cuanto á los huesos fósiles con rayas, en que los señores Delaunay, Desnoyers y Capellini pretendían ver la acción evidente del hombre, no han sido muy debatidos. En verdad, es preciso reconocer que el hecho era de poco valor, y no tuvieron que trabajar mucho los hombres científicos para quitarle el que se les atribuía sin fundamento alguno. En efecto, pocos de los sábios que han visto los huesos pertenecientes á animales terciarios encontraron satisfactoria la opinión de M. Desnoyers, explicando las ranuras, ó por el rozamiento de arenas movedizas, ó por la acción de los dientes de escualos y cetáceos voraces como el *carcorodon*, parecer que seguía el honrado Bourgeois, ó por una especie de encogimiento natural de las sustancias de que los huesos se componen. Lo cierto es que, consultado no hace mucho M. Desnoyers por el Abate Moigno sobre su opinión postrera, manifestó sus dudas invencibles sobre la existencia del hombre terciario.

Resulta, pues, de todo lo expuesto, que no existen datos indudables é incontrovertibles que lleven ni asomo de persuasión á los hombres imparciales y de buena fé, que aman la verdad por sí misma y sin relación con ningun fin extraño. Y si en todo caso conviene comprobar las hipótesis cuando se trata de elevarlas á la categoría de doctrinas y sistemas, esta conveniencia se impone sin reservas ni condiciones, cuando se pretende remontar el origen de la especie humana á los tiempos del período terciario, y se compromete la estabilidad de todo el sistema científico viviente.

Y es de extrañar, y mueve á meditación profunda y á sospecha, la circunstancia de que, siendo Europa la parte del mundo posteriormente poblada, haya sido uno de sus lugares el único que ha ofrecido las supuestas pruebas de la existencia del hombre terciario. Los arqueólogos fijan por lo comun

el origen de la edad de piedra en Europa en unos 1.000 años antes de Jesucristo, esto es, poco más de dos siglos antes de empezar la alborada gloriosa de Roma y Grecia; y sin embargo, aquí se pretende hallar vestigios del hombre terciario, que no se encuentran en el Asia, cuna del género humano, según los más, ó en África, semillero de nuestra especie, según algunos.

Quedan, pues, descartados por insuficientes, los pocos datos que se presentan en apoyo de la idea peregrina. Y ciertamente que, si la antropología y la geología son ciencias eminentemente positivas, preciso será exigir cuenta y razón á toda teoría que se salga del dominio de los hechos, y que no resulte comprobada en alguna manera por demostraciones evidentes y por la fuerza misma de los datos.

Yo no sé ciertamente si la ciencia contemporánea ha podido construir la historia de las revoluciones terrestres. Mucho ha hecho para ello, y la estratigrafía ha llegado á una altura admirable por el esfuerzo de ingeniosos y pacientísimos observadores; pero no se puede definir en absoluto lo que fué el mundo en sus principios, ni los cambios operados en él por aquella especie de desencadenamiento de las energías naturales en que se funda la doctrina de los geólogos, llamados, no sé si con entera exactitud, *catastrofistas*. Pero no estará demás llevar la cuestión que debatimos á este terreno, apartando un poco nuestra consideración de los hechos, y llevándola, no por camino trillado, sino por las regiones del racionamiento más ó menos inseguro al concepto puramente geológico, y sometiénola al, por desgracia, no seguro contraste de las doctrinas más admitidas.

Porque, puesto que se supone la existencia humana en el período terciario, ya mioceno, ya plioceno, conviene atender á las condiciones de la tierra y de la atmósfera que regían entonces. Si se aceptan las conclusiones de la escuela catastrofista, á que yo me siento más inclinado, hay que hacer un poderoso esfuerzo para asentir á la idea de que el hombre pudiese vivir en medio de aquellos violentísimos y seculares derrumbamientos, choques y catástrofes de la naturaleza durante el tercer período de la creación.

Las leyes naturales que rigen hoy á la materia, ¿conservan el mismo vigor que tuvieron en los tiempos cosmológicos? Esos ímpetus irresistibles de las fuerzas volcánicas, ¿han perdido acaso gran parte de su energía primitiva, ó se mantienen en el mismo sér y estado que en aquellos tiempos? ¿Era la atmósfera lo que es hoy? ¿Llovia como llueve ahora? ¡Quién puede pensarlo! Es, pues, preciso proceder en este órden de especulaciones de manera que no incurramos en error grave considerando á la naturaleza sometida á leyes que se han cumplido siempre de la manera presente. Estudiando los fenómenos ocurridos á nuestra vista, puede aspirar la ciencia á señalar sus causas y sus leyes; ¿pero puede aplicarse este criterio al conocimiento y evaluación de las grandes dislocaciones, de las alteraciones gigantescas, en cuya virtud se fijó la configuración general de la corteza terrestre?

Tengo, pues, por desacertada y loca la pretensión de medir y comparar los fenómenos naturales de hoy con los de las edades cosmológicas, Por esta diferencia que entre unos y otros resulta, creia Humbold, y con él otros hombres insignes, grandes observadores y sábios conocedores de las leyes geológicas, que jamás se acreditarán como buenas y exactas la mayor parte de las hipótesis admitidas por la ciencia como punto de partida para sus operaciones. Y tenía razón el ilustre alemán, porque la posibilidad de las cosas no tiene el valor lógico que su propia realidad.

Pues bien: el entendimiento se resiste á creer que el hombre fuese creado en medio del general trastorno, expuesto á perecer del todo entre el fiero combate de los elementos. Los movimientos poderosísimos de emersión é inmersión de los continentes, las fuerzas soberanamente impetuosas de erosión y denudación de las tierras, aquel vaiven temeroso de mares y corrientes, no parece que son los mejores medios de que el género humano creciese y se propagase. La creencia en la bondad de Dios y en nuestros destinos me hace repugnar la idea de que el género humano no tuviese un pedazo de tierra en que vivir tranquilo y libre de las catástrofes, no súbitas ni pasajeras, propias de las formaciones terciarias.

Por eso se conforma más con nuestra razón, y también con la narración bíblica, como dice J. d'Estienne, la idea de que el hombre apareció en la época cuaternaria, cuando ya la tierra ofrecía sus frutos y primores, sus galas y maravillas á los séres á quienes dió el Señor el dominio del mundo. No obstante, esta es una manera de juzgar puramente racional, que ni en lo más mínimo compromete la exactitud y alcance de las palabras de Moisés.

Hay un argumento, imaginado por algunos hombres de tanto valer como el Padre Valroger, gran teólogo y gran naturalista, que resolvería la cuestión del hombre terciario, si fuera admisible, y es el suponer la existencia de séres precursores del hombre, verdaderos preadamitas que vivieron en aquella época remota, y cuyas huellas no ha descubierto la ciencia. Yo no cito esta opinión para detenerme en impugnarla, sino para demostrar el espíritu amplio de la ciencia católica contemporánea, que no excluye de su seno á pensadores como el Padre Valroger ó al sábio profesor de Kensington, M. Mivart, segun el cual, Dios ha creado el alma humana, pero nuestro cuerpo es quizá término y fin de una série de transformaciones progresivas de otra especie de séres antropomórficos.

No me atrevo á creer tampoco que en los tiempos post-pliocenos, es decir, en los principios del período cuaternario, la tierra ofrecía ya condiciones de estabilidad, ó si se acepta la palabra, de habitabilidad para el hombre. El período glacial debió amenguar en extremo las condiciones vitales de la superficie terrestre, tanto más cuanto que duró millares de años, si hemos de asentir á los cálculos de Hamard, Croll y otros. Pues despues, el deshielo, sólo por sí mismo y sin considerar ahora otras grandes causas, debió producir corrientes oceánicas, que barrieran la haz de la tierra. ¿Cómo se concilia la existencia del hombre con estos fenómenos destructores y asoladores?

Relacionando, pues, la historia del hombre con las evoluciones de la corteza de este globo en que habita, es preciso considerar una série de fenómenos naturales, que atañen di-

rectamente á la vida humana. Asi no basta sólo atender á la condición del suelo é inquirir si sus condiciones de estabilidad y de consistencia permitian que este sér tan delicado y este organismo nuestro tan maravilloso, viviese y tuviese por decirlo así, tierra en que asentar la planta, sino que es necesario considerar atentamente el estado de la atmósfera, medio en que el hombre vive y que le es no ménos necesario que el suelo que pisa.

Ya se ha hecho algo sobre este asunto, y M. Heer pretende deducir del estudio de la flora fósil, que en ese mismo período mioceno en que se supone existió el hombre terciario, la temperatura media de nuestra Europa central era superior en 9 grados á la que hoy tiene, fenómeno que explica otro sábio por la mayor presión atmosférica que entonces había, llegándose á fijar, en concordancia con lo que entiende M. Heer, la comparación de la columna barométrica de hoy con lo que era en dicho período. Y tanta importancia dá la ciencia á semejantes cambios atmosféricos, que algunos autores pretenden atribuirles la variedad de organización de las especies extinguidas respecto á las vivientes; y sospechando M. Bordier que la mayor presión atmosférica pudo favorecer el desarrollo extraordinario de esos grandes mamíferos, de que ya no existen ejemplares vivos.

Más todavía: el profesor alemán Litten acaba de deducir de curiosas observaciones, que animales grandes y de organización no muy delicada, no resisten por mucho tiempo una temperatura constante de 36 á 37°. Y lo mismo sucede en temperaturas frias: por lo que, y si bien el hombre puede vivir en altas y bajas latitudes, en la zona glacial, como en la zona tórrida, nadie puede saber el estado de temperatura de las antiguas edades geológicas, y si era tal que el hombre podría resistirlas.

Aparentemente hay en estas teorías novísimas algo que puede ser peligroso en cuanto parece favorecer la doctrina de la evolución. Pero mirando con atención reflexiva á estos asuntos, y no llevando las consecuencias de los hechos observados más allá de sus límites naturales, no hay perjuicio al-

guno trascendental en dar valor ajustado á estas opiniones, puesto que, áun aceptando su exactitud, nada concluyen ni prueban en favor de la doctrina transformista, sino que el inmenso conjunto de leyes naturales dispuestas por la Providencia, se advierte á simple vista una especie de gradación conforme con la naturaleza de esas leyes.

No tendría, pues, nada de extraño, que las condiciones de la atmósfera terrestre fuesen contrarias alguna vez al desarrollo de la vida del hombre. Sabido es que hay una relación estrecha entre la respiración pulmonar y la presión atmosférica, y que segun los paleontólogos, los séres dotados de aquella respiración corresponden á las últimas épocas geológicas, designándose á los reptiles como los primeros que la tienen y que aparecieron en los tiempos de la formación hullera.

No son, pues, de despreciar los efectos de la presión atmosférica para nuestro fin. M. Paul Bert, de memoria poco grata en otro orden de asuntos, ha hecho curiosísimas observaciones en éste de que trato. Entiende que la vida de los vegetales está relacionada con la mayor ó menor presión atmosférica, y que á las épocas primitivas corresponde la aparición de las plantas más resistentes; asimismo considera y justiprecia la acción poderosa de los elementos atmosféricos en el organismo animal y vegetal sujeto á la mayor ó menor cantidad de oxígeno del aire y á la tension ó distensión que ofrezca; de tal suerte que, á su juicio, hubo un tiempo en que los animales no hubieran podido existir por efecto de la tensión extraordinaria del oxígeno. La etnografía busca la explicación de muchos extraños fenómenos tocantes á la condición y costumbres de los pueblos en causas sin duda alguna imaginarias; las verdaderas sólo pueden hallarse mediante la ayuda eficaz de las ciencias naturales. Así se explica por qué se sienten molestados los viajeros en las grandes alturas en los primeros días de su estancia, y cómo luego se amolda el organismo humano á vivir en capas atmosféricas donde la presión disminuye y el oxígeno escasea.

De suerte, que en esta oscuridad casi impenetrable en que

se constituye poco á poco y como á tientas la historia del hombre, no está demás la consideracion de los medios principales en que vive, y no basta conocer el estado del suelo durante los períodos geológicos, sino tambien las condiciones vitales de la atmósfera que respiraba. Cierto es que todavía no hay fórmulas matemáticas que expongan aquellas condiciones con exactitud rigurosa, y por tanto, que no es manifiesta y palpable la imposibilidad de que el hombre viviese en el período terciario. Pero tampoco es muy evidente la posibilidad; antes por el contrario, el somero exámen que hemos hecho de las condiciones geológicas de dicho período, permite sospechar que no eran muy apropiadas á la existencia del hombre, ó al ménos, que la harian muy difícil y angustiosa.

Y si nosotros podemos levantar los ojos hácia los altos misterios de la voluntad divina, no parecerá falta de respeto, ni soberbia creencia, el suponer que el Señor providente creó al hombre luego que tuvo morada firme y segura en que colocarle. Cierto es que el hombre cuaternario tuvo grandes riesgos que correr, y que todavía asistió á tremendas revoluciones geológicas; pero ni el peligro era ya tan grande y universal, ni sufrió aquellos riesgos y hasta castigos memorables sin la intervencion de la justicia divina. Aun en épocas de plena luz histórica, á que alcanza nuestro recuerdo como con la mano, las ciudades reclinadas en la falda del Vesubio han sucumbido á consecuencia de fenómenos geológicos; y ya sabeis el cambio operado por las inundaciones últimas en las provincias levantinas, cuyos ejemplos, no únicos ni postreros, nos obligan en cierto modo á no extremar la opinion antes expuesta, de que el hombre habitó el mundo cuando ya estaban en la agonía las fuerzas naturales que ocasionaron los grandes trastornos. Pero es racional idear, que si el hombre no fué creado cuando los elementos estaban en perpétuo reposo, idea que nadie puede sostener despues de rechazada por la prehistoria y la paleontología, tampoco debió aparecer en el inmenso cuadro de la creacion antes de que el globo, cuyo dominio se le entregaba, estuviese en condiciones de ser habi-

tado. Y no es únicamente la ciencia la que confirma este juicio, sino la interpretación casi universal de la narración mosaica, que pone al hombre como término de la creación, como remate glorioso y áurea corona de la série interminable de las obras de Dios.

Por otra parte, y no olvidando la acción de los elementos físicos y químicos en el desarrollo de la creación, quizá no se sospecha siquiera los efectos totales de los fluidos imponderables, como el magnetismo y la electricidad en la vida humana. En los primitivos períodos geológicos, antes de empezar la época cuaternaria ó antropológica ¿cuál era la acción de la electricidad? ¿Quién sabe si esta acción influiría de tal modo en la atmósfera que, siendo favorable al nacimiento y crecimiento del paleoterio, anoploterio y aún de los conejos, roedores y otros mamíferos hoy vivientes, no consentía la vida humana? Buenamente reconozco la vaguedad de esta objeción, y confieso que, existiendo los mamíferos con placenta en el período terciario, no debían ser grandes las dificultades para la vida humana, según observa Quatrefages; pero en este proceso amplísimo y de términos oscuros que constituye la armazón de la antropología, no puede menospreciarse ningún asomo de razonamiento, ninguna sombra de probabilidad.

Todavía se ejercen las fuerzas naturales en el más hondo misterio. Conocemos algunas de sus causas inmediatas y aparentes, aquellas que en cierta manera saltan á nuestra vista; pero no más. Y si los últimos experimentos de M. Grandeau han demostrado la falsedad de la teoría del fisiólogo Sachs sobre la influencia de la electricidad en las plantas; si Nollet ha hecho ver por medio de ingeniosas comparaciones prácticas que un animal electrizado pierde algo de su peso; si ahora resulta que hay mayor riqueza de sódio en los vegetales libres del fluido eléctrico; si abundan resultados de este orden en las observaciones hechas cuidadosa y metódicamente, ¿quién podrá medir y apreciar los resultados de esas grandes agitaciones de las fuerzas vivas y poderosas de la naturaleza en la vida del hombre? Y ¿cómo ha de olvidarse lo que ya sabemos, hasta el punto de suponer que la naturaleza se conjuraba

en la época terciaria para hacer posible la existencia del género humano? Cláudio Bernard lo ha dicho con cierto atrevimiento, que admite disculpa; es permitido al fisiólogo explicar los fenómenos de la vida por medio de la física y de la química que ejecutan, aunque la vida y el pensamiento que dirigen se hallen fuera de su alcance. Si tanto valor tienen las leyes puramente materiales, ¿cómo hemos de no tenerlas en cuenta al tratar de su poder en los periodos geogénicos, en que de cierto serían poderosísimas?

JUAN CATALINA GARCÍA.

LOS HÉROES DE LA CARIDAD.

A LA MEMORIA DE D. SANTIAGO MASARNAU, FUNDADOR Y PRIMER PRESIDENTE DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL EN ESPAÑA.

Qué hermosos son los piés de los
que evangelizan la paz, de los que
evangelizan el bien.

ISAÍAS, 52, 7.

Sobre siete colinas
Que á sostener no bastan,
De la Reina del mundo
El oro y la maldad,
Hundiendo en el espacio
Sus cúpulas gigantes,
Y arrastrando en el lodo
La púrpura imperial,
Señores de la tierra
Y esclavos de un tirano
Y esclavos él y ellos
De lúbrica impiedad;
Sin dioses, sin altares,
Sin leyes, ni costumbres
La sociedad romana
Hácia el abismo vá:
Mas hora en los espacios
Un grito los detiene:
Un pobre y roto anciano
Conmueve la ciudad:
«Amaos como hermanos,»

Les dice: «Sed clementes,
Odiad el fausto, el mando,
A Dios reverenciad;

No hay reyes ni señores
Ante el Señor del cielo:
Ha brillado en el mundo
La Santa Caridad.»

Y pasaron los siglos.....
Y un día aparecieron
Para turbar la Iglesia
Con capa de humildad

Los Waldenses, los Catoros,
Y de Arnaldo de Brescia
Anárquicos discípulos,
Apóstoles del mal:

Los unos confundiendo
La pobreza evangélica,
Los otros precursores
Del comunismo ya,

Hicieron al agosto
Gerarca de la Iglesia,
Varias veces en fuga
Salir de la ciudad;

Y entonces unos hombres,
Humildes, virtuosos,
Austeros..... despreciando
El lujo y bienestar,

Sus bienes á los pobres
Entregan de buen grado,
Visitan al enfermo,
Amparan la orfandad.

Son las siempre gloriosas
Ordenes mendicantes
Los discípulos santos
De Asis y de Guzman:

La cristiandad se salva,

Los pueblos los conocen,
Otra vez ha triunfado
La santa Caridad.

—
Cual azote del cielo
Vinieron á la tierra,
Los feroces sectarios
Que adoran el Koran:

Los pueblos se humillaron
Ante su corvo alfange;
A su paso arrasaron
El campo y la ciudad.

Cayó la Palestina
Cautiva de los bárbaros,
Europa acongojada
Las hordas vió pasar.

Ya el Sepulcro de Cristo
Se vé en ajenas manos.
¿Se detendrá por esto
Del mundo la piedad?

No; que á miles los pueblos
Corren para adorarlo,
Y sufren por su celo
Muerte y cautividad;

Pero no faltan séres
Que la piedad inflama,
Que dejando sus bienes,
Sus pátrias y su hogar

Vuelan para auxiliarlos,
Esgrimen sus espadas,
Prodigan sus consuelos,
Defienden el altar;

Y el mundo los admira,
El árabe los teme:
¡Son las gloriosas Órdenes
Del Temple y Hospital!

¡Ilustres campeones!

¡Intrepidos guerreros!
 ¡Héroes tambien vosotros
 Sois de la Caridad!

—
 Pero otros más heróicos
 Existen todavía....
 Nolasco, Juan de Mata
 y Félix de Valois,

Que corren y en prisiones
 Se entregan ellos mismos,
 Por volver al cautivo
 A su adorado hogar.

¿Quién concibe en la tierra
 Caridad más sublime?
 ¿Abnegación más santa,
 Más sólida piedad?

Si esta página sólo
 Tuviera el Cristianismo,
 Si los que le combaten
 Pudieran apreciar

El colosal esfuerzo
 De los Redentoristas,
 Adorarían humildes
 Al Dios de Caridad.

Y cuando los errores
 Inundan á la tierra,
 Cuando el orgullo hace
 A un fraile apostatar;

Y conmueve los tronos,
 Y turba las conciencias,
 Y en peligro inminente
 La Religión está;

Ignacio de Loyola
 Funda milicia santa,
 Ariete formidable
 Que asusta á la maldad:

Y cuando la ignorancia

En que el pueblo yacia,
 Servía grandemente
 Al sectario del mal,
 Para enseñar al pobre,
 Para mostrarle el cielo,
 Apareció en la tierra
 José de Calasanz;
 ¿Qué fuerza los impulsa?
 ¿Qué espíritu los crea?
 La santa, la sublime,
 La heróica Caridad.

—
 Existe empero un hombre,
 Mejor dijera un ángel,
 En quien se encarna y vive
 Con fuego celestial,
 En quien todo lo hace
 Y todo lo penetra,
 La llama poderosa
 De viva Caridad.

¿Qué dolor, qué miseria,
 Qué duda ó qué desgracia,
 El no corrió solícito
 Con celo á remediar?

El anciano, la madre,
 El huérfano y el pobre
 Miraron en Vicente
 Un ángel tutelar.

Pasó vertiendo bienes ;
 Y aún viven en la tierra
 Discípulos sublimes
 Que por sus huellas van:
 Institutos gloriosos
 Que la impiedad respeta,
 Mujeres admirables
 Que doman la maldad :
 Aun viven en las sombras

En pueblos y ciudades
 Consolando al doliente
 Con solícito afán,

Hijos de San Vicente:
 Aun en su nombre tiene
 Consuelo la desgracia,
 Auxilio la orfandad.

—
 España la Católica
 Vió nacer en su suelo
 Una planta bendita
 De este árbol secular,
 Un hombre bondadoso
 Y humilde cual ninguno
 La trajo entre nosotros
 A ser iris de paz.

En santas Conferencias
 Unidos nos miramos
 Si la discordia impía
 Osa la paz turbar

De España, difundiendo
 Recelos y rencores:
 ¡Nos une la bendita
 La santa Caridad!

Y tú que nos tragiste
 Esta divisa santa:
 Tú que ya entre nosotros
 Por desgracia no estás;

Tú ante cuyo sepulcro
 No hay división ni encono,
 Pide á Dios no nos falte
 Jamás la Caridad.

GONZALO DE LA TORRE DE TRASIERRA.

Madrid 29 de Diciembre de 1882.

EL ARTE

EN SUS RELACIONES CON LA MORAL (1).

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si no estuviera harto demostrado que el Catolicismo es amigo de la luz, y que coadyuva á todos los progresos legítimos en cuantos órdenes abarca la actividad humana, vendrían á comprobarlo estos centros literarios establecidos por jóvenes y especialmente dedicados á la juventud estudiosa, que asocia el amor á la ciencia con la fidelidad á las enseñanzas de la religión verdadera. En esta época de luchas científicas por la palabra, cuando tantos se agitan movidos, segun dicen, por ardiente afición á las luces, y por promover el desarrollo de la ciencia, pero apartándose del *principio de la sabiduría*, y dándose á registrar imaginarios conflictos entre la Religión y la ciencia, vosotros acudís á este palenque literario, para hacer pública manifestación de vuestras fuerzas intelectuales, que consagrais con ánimo generoso á la más noble y más civilizadora de las causas. Persuadidos de que la verdad no puede oponerse á la verdad, léjos de rechazar en vuestro estudio y por vuestro anhelo de saber la fé católica, venís á fortalecerla aún más en vuestra mente y en la mente de los que os escuchan, y á servir de ella como de apoyo segurísimo en el escabroso camino de las ciencias. Y ninguna dejais de cultivar con provecho, á todas se aplica vuestra laboriosidad y vuestro ingenio, porque en todas se hace preciso salir al encuentro de los sembradores

(1) Discurso leído en la Academia literaria de la Juventud Católica de Zaragoza.

del error, poniendo en evidencia la pureza y la firmeza de nuestros principios, y porque en todas la verdad católica está hoy reportando señalados triunfos sobre sus ciegos contradictores.

Objetos muy dignos de estudio son todos los que proponen como temas de vuestros meritorios ejercicios las diferentes secciones en que la Academia se divide. Tocando esta vez el turno en el honroso certámen á la de Artes y Literatura, no habrá necesidad de encarecer cuánta sea la importancia de las materias pertinentes á nuestro exámen. Colocadas en las fronteras de la imaginación y del entendimiento, hablando á la vez á la mente y al corazón con seductor y expresivo lenguaje, témplase en ellas la aridez de las abstracciones y la frialdad del raciocinio con los encantos de la forma sensible, revistiendo así un interés universal incuestionable. Pero al presente, tal interés se acrecienta por efecto de las circunstancias que nos rodean; porque este campo de nuestros estudios favoritos es el que la incredulidad ha elegido para dar la última batalla al Catolicismo y destronarle definitivamente de la sociedad. La misma amenidad del objeto, que á todos atrae con fascinación irresistible, la prontitud con que el vulgo se erige en maestro en este punto, la facilidad con que las muchedumbres aceptan el error ofrecido en la dorada copa de la belleza, la frivolidad de un público engreído por una ilustración superficial y falsa, y la trascendencia de las doctrinas arrojadas en este terreno al órden de las costumbres, todo ello ha impulsado á nuestros adversarios á escoger las artes y las letras como armas muy adecuadas para su propósito. Reflexionando sobre este hecho, dudaba yo qué asunto debería ofrecer á vuestra consideración, siendo tantos y de tanta entidad los que nos solicitan. Paréceme, sin embargo, lo más oportuno, atacar el mal en su raíz, indagando, en el órden filosófico el origen de los extravíos y perturbaciones que en el órden literario y artístico lamentamos. Quiero, pues, dirigir vuestra atención á la Estética, ciencia que han pretendido monopolizar como suya los modernos filósofos. Habreis de tolerar lo árido de la materia en gracia del interés que entrañan las cuestiones que hemos de dilucidar

en último término, gravísimas todas y todas de actualidad palpitante.

En esa ciencia de la belleza, de la que el racionalismo y el positivismo sacan armas para batir en brecha el criterio de la filosofía cristiana, descuella un error que ha logrado celebridad notoria, y que la ciencia de la incredulidad reivindica como una de sus conquistas; me refiero á la independencia absoluta del arte. Nunca es tan temible el error, como cuando se viste de las apariencias de verdad y de justicia. Las crudas negaciones asustan, el sofisma con destreza manejado, es de gran eficacia; aquellas previenen contra sus autores al público inducto; el sofisma aún á los entendidos seduce y vence. Un miserable sofisma tiene alucinadas las inteligencias; pero de él se hacen aplicaciones todos los días con grave perjuicio de la fé y de la moral católica, el error ha sido elevado por algunos á la categoría de axioma, sin que muchos adviertan su malicia, y con el error y con sus consecuencias transigen por debilidad no pocos, haciéndose cómplices de los múltiples daños que ocasiona. Para desarmar á nuestros enemigos en esas trincheras desde las que se juzgan inexpugnables, y para poner en su punto la verdad, dado que hay cierta independencia *técnica* del arte, que es justa y razonable, voy á impugnar en el terreno de la Estética la independencia absoluta y omnímoda del arte según el verdadero significado y completo alcance de tales palabras. A este resultado intento llegar descubriendo las relaciones del arte con la moral y con el fin del hombre.

Si todas las cuestiones acerca del arte se tocan y comunican entre sí por vínculos de unión, conceptúo que no hay ninguna tan capital como la del asunto indicado, con la cual todas las otras del mismo género tienen algún parentesco. Difícil me será, por tanto, dar unidad á mi trabajo, y en verdad que siendo tan vasto el pensamiento, como que para su completo desarrollo sería menester no un discurso sino un libro, vuestra ilustración habrá de suplir á mi insuficiencia y á la estrechez de los límites que me están marcados.

¿Qué significa en puridad esa independencia del arte, por

la que abogan con tanto ardor las escuelas heterodoxas zanjando las diferencias ó dando treguas á las divisiones que las separan en otros puntos, y conviniendo en sustentar este principio, como si fuese del todo invulnerable? Pues significa que todas las negaciones se enlazan en una negación suprema, que hay una gradación lógica entre todos los ataques á la autoridad, en cuanto que todo son manifestaciones de la rebelión general y absoluta contra el principio de autoridad, que es la gran heregia de nuestros tiempos. Los hijos de este siglo, mal avenidos con todo yugo, han despedido á la religión y á todas las religiones en nombre de la independencia de la razón. Reconocida ésta por soberana legisladora, ha creído bastarse á sí propia para darse religión, culto y códigos morales, y nada le ha parecido mejor que pasarse sin religión, sin culto y sin regla moral alguna. De la razón independiente ha salido esa monstruosidad, que hasta al mismo lenguaje se resiste, la llamada *moral independiente*. A la razón y á la moral independiente, habia de corresponder y seguir el arte también independiente. Si la supresión de leyes y de trabas ha llegado á proponerse sin escrúpulo en materias religiosas y morales, ¿cómo extrañar que idéntico principio de libertad absoluta se haya extendido al arte, cuya esfera ha podido imaginarse por algunos indiferente y sin relación, al ménos próxima, con los actos morales del hombre? Pero precisamente esta relacion que nuestros adversarios se esfuerzan en ocultar y negar, se manifiesta más de relieve por el mismo procedimiento de la lógica del error, que eslabona con orden y sistema todas sus negaciones, de modo que de una en otra y apoyándose en todas ellas, consiga dar en el último blanco á que se dirige, que es la supresión de lo sobrenatural.

Forzoso será, para recomponer todo un orden de ideas perturbado en mal hora por la Estética racionalista, que tomemos como punto de partida las nociones fundamentales sobre la belleza, su naturaleza verdadera y sus relaciones con la verdad y con el bien, fuentes del criterio filosófico aplicable al arte, y que hallamos enturbiadas por multitud de errores.

¿Podrá recusarse el testimonio de la sábia antigüedad en

estas materias? Muy al contrario; de gran peso y valor es, á mi entender, con aplicación al presente caso. En el mundo clásico, se hablaba de la belleza mucho menos que en nuestros días; pero se sentía y se conocía la belleza mejor que la sienten y conocen los mismos que quisieran resucitar entre nosotros las aberraciones y saturnales del arte pagano. Pues aún en medio de aquel mismo arte pagano, todavía no iluminado por resplandores celestiales, proclamóse ya la íntima alianza que existe entre lo verdadero, lo bueno y lo bello; tan evidente aparece este principio á toda razón serena y exenta de preocupaciones que examina el fondo de la belleza. En la lengua de Homero y de Platón, una sola palabra, la voz *καλον*, designaba lo bueno y lo bello, es decir, en todo caso y segun la acepción genuina, *lo que llama, lo que atrae* excitando en nuestro corazón el amor, porque aquel pueblo artista juzgaba que la bondad moral es la verdadera y más excelente belleza. La misma observación cabe hacer en la lengua latina con la palabra *honestus*, bajo la cual se entendía esa natural afinidad entre lo bello y lo bueno, adjudicándose tal calificativo no sólo á las bellezas del orden moral, sino á veces aún á la misma belleza física de los objetos visibles. Por lo que toca á la verdad, en sus relaciones con la belleza, ora pertenezca á Platón ora á Plotino, ó á cualquier otro de los filósofos antiguos, la célebre sentencia—«lo bello es el resplandor de lo verdadero»—todos los sábios la han recibido con respeto, como feliz expresión de un hecho incuestionable. Pero los aciertos de la filosofía gentilica debían ir mezclados con nieblas de errores. Al observar que cuanto hay de belleza, de bien y de verdad en las cosas creadas, hubo de tener origen de una primera causa que sería Verdad, Bien y Belleza, á la vez y todo en *uno*, y por otra parte no acertando á concebir la idea de la creación en toda su pureza, fantasearon un espíritu que animase el universo todo, que se desenvolviese mezclándose con él y produciendo todos los seres. No es otro el pensamiento brillantemente expuesto por el poeta mantuano.

*Principio cælum ac terras camposque liquentes
Lucentemque globum lunæ titaniaque astra
Spiritus intus alit totamque infusa per artus
Mens agitat molem, et magno se corpore miscet.*

Fué necesario que brillase el sol del Cristianismo derramando torrentes de luz en todos los horizontes, para que aprendiesen los hombres que lo verdadero, lo bueno y lo bello finito tuvieron su origen en la virtud de la palabra omnipotente de un Dios, perfectísimo en todo género de perfecciones, que creó libremente todo lo que es contingente y mudable. Merced á la filosofía cristiana se conoció á fondo cuál es y cuán íntima é inquebrantable la unión entre lo verdadero, lo bueno y lo bello, y se comprendió que el firme arranque de esta cadena es Dios, Verdad Suma y Bien infinito, y como tal, Belleza eterna, siempre antigua y siempre nueva, primer principio, soberano ejemplar y fin último de toda belleza. Las cosas son intrínsecamente bellas, porque son verdaderas y buenas. La belleza, perfección de las cosas creadas, es un reflejo ó una huella de las perfecciones infinitas del Dios que las creó. Lo bello es el esplendor del orden y de lo verdadero, y el candor de lo bueno. Las bellezas finitas nos conducen y remontan nuestro ánimo á la contemplación y conocimiento de la Belleza infinita. Nuestro afecto tiende naturalmente á descansar en lo bueno y en lo bello. La belleza inspira de suyo el amor, y lo bello es esencialmente amable. Hemos sido formados con aptitud para amar lo bello, y por eso todas las criaturas en cuanto bellas, mueven nuestro corazón y dulcemente le impelen á elevarse con el amor hácia Dios. Tan viva claridad, esparcida con estos principios en la región científica de lo bello, fué parte á descubrir nuevos y magníficos mundos para el arte, y restaurado todo en el Hombre Dios, el ideal cristiano con sus originales tipos de celestial belleza pobló la tierra de maravillas estéticas, nunca soñadas por el arte del paganismo.

La soberbia de la protesta y del racionalismo destruyó la armonía que en la esfera filosófica habia establecido la subli-

me enseñanza cristiana; la confusión y las tinieblas reemplazaron á la luz y los hombres empezaron á olvidar la verdadera noción de belleza y con ella los más altos y sanos principios del arte. De caída en caída el orgullo racionalista ha ido dejando perder todo lo que el hombre había conquistado en el terreno de la belleza y su pretendido engrandecimiento por la rebelión contra Dios, por la emancipación del yugo de la fé y por la guerra al ideal cristiano, ha sido su degeneración real y efectiva; degeneración lenta pero indudable que ha venido manifestándose simultáneamente en el órden de la moral y en el artistico. Al llegar los postreros tiempos de esa degeneración y como fruto de ella, nos encontramos con un neo-paganismo mil veces más corruptor y funesto, más envilecido y degradante que el paganismo antiguo con la absurda pretensión de ser la última palabra del progreso de la civilización y de la ciencia.

La idealización de la forma en el arte pagano, tal y como era, no tenía por exclusivo término la sensación, no miraba primariamente á procurar el agrado de los sentidos, segun lo hacen los modernos idólatras de la forma. Con razón dice el ilustre Jungmann impugnando á Lessing, que «los griegos conocieron muy bien el verdadero oficio de las bellas artes, singularmente de la pintura y escultura, consideradas en sus principios fundamentales, que el concepto de una esfera suprasensible no llegó á perderse antiguamente, como realmente lo perdió el materialismo de los siglos posteriores y que las mejores tendencias de la filosofía antigua en medio de todos los extravíos que padeció, á pesar de la degradación que por todas partes la cercaba, no dudaron en dar la preferencia á la belleza del mundo suprasensible sobre la del corpóreo, muy inferior á los ojos de aquella filosofía, ni en publicarlo así terminantemente repitiéndolo en todas las ocasiones.» El arte pagano idealizaba la naturaleza depurándola de todo lo grosero y repugnante. En nuestros días se ha buscado lo indecente y abyecto para idealizarlo, se ha preferido á las suaves impresiones del espíritu los sacudimientos del cuerpo, el estremecimiento nervioso, la bajeza de las sensaciones, la satisfacción

de un torpe apetito, como si en el hombre no hubiese más que materia, y fuese incapaz de experimentar los puros y elevados goces de lo ideal, como si su naturaleza, poco inferior á la de los ángeles, no pugnase por romper las ligaduras de la carne para volar á los sublimes espacios donde se contempla la belleza perfecta y sin mancha.

Con extraordinario aparato científico anuncióse una fórmula que compendia las miras de los innovadores. Esa fórmula es «el arte por el arte», y sabido es que bajo la bandera en que ese emblema aparece inscrito, se han afiliado todos los que profesan el principio de la independencia absoluta del arte, ó lo que es igual, cuantos niegan que el arte reconozca un fin último, extraño y superior á él. Examinemos bajo todos sus aspectos la fórmula mencionada. Su sentido más estricto es el arte por la belleza, y lo que esta última expresión significa es que el arte no tiene fin alguno fuera de sí ó que el arte es fin para sí mismo. ¿Y quién no conoce el absurdo de este pensamiento con sólo reflexionar que el fin, por su propia naturaleza, ha de estar fuera de las cosas que á él tienden, y distinguirse realmente de ellas? De panteísta puede calificarse la proposición en tales términos concebida: «Pretender que el arte sea fin para sí mismo, dice el gran pensador italiano Taccone-Gallucci es lo mismo que enunciar un principio de centralización por el cual lo bello se segrega de los principios subjetivos, y se individualiza en un término de objetividad extra-racional... Esta teoría engendra en la Estética el desorden y desorganización que es panteísmo y racionalismo en filosofía, ateísmo é indiferentismo en religión, y epicurismo en moral. Contiene además el error de limitar el arte á un desenvolvimiento egoísta, y de divorciar lo real de lo ideal, el hombre de sus obras, lo cual se opone á todo principio de ciencia porque el que crea ó produce tiene esencial conexión con sus creaciones, del propio modo que los efectos con sus causas.» (1).

(1) Taccone-Gallucci (Sagg. di Estética.) Vol 1.º P. 319.

Puede interpretarse la expresión *el arte por el arte* en el sentido de cifrar toda su finalidad en la producción de una forma bella. Este principio que francamente defienden muchos, implica una idea del arte no sólo falsa, anticientífica y opuesta á toda realidad y experiencia, sino además limitada y pequeña. Reducido así á una obra sin alma y sin vida, seguiríase que hasta la misma forma perdería sus propias excelencias, las cuales frecuentemente proceden de las cualidades intrínsecas del fondo y de las geniales del artista, del calor y del poder que engendraron felizmente la obra. Siendo la forma parte de la obra artística y medio de traducir á lo sensible la belleza suprasensible vislumbrada por la mente del artista, el convertirla en todo y en fin equivale á modificar esencialmente su naturaleza propia y la del arte mismo. Arte mutilado, incompleto é indigno de tal nombre sería, por cierto, aquel que sólo por la forma viviese, si esto fuese posible, que tan imposible es al cuerpo humano vivir sin estar informado del espíritu.

Es también concepto del arte muy pobre y mezquino el que coloca su fin total, único y exclusivo en el mismo placer subsiguiente á la contemplación de las obras artísticas. Achaque deplorable, pero frecuente de estos tiempos de perturbación de ideas y de falta de precisión en el lenguaje filosófico, es confundir el oficio y el objeto del arte con su fin, y el fin próximo con el último. El deleite del espíritu tiene razón de efecto y en rigor de medio para la criatura racional. Es un medio de estímulo para la cultura y perfección del mismo espíritu, medio de satisfacción y recompensa de los mismos trabajos artísticos ejecutados, y medio sobre todo conducente á despertar en nuestra alma el amor de benevolencia hácia un objeto ó hácia la belleza misma; en la encadenada sucesión de medios afines cabe reputarle un fin próximo del arte, pero en él no se detiene nuestro espíritu como si fuese el anhelado término de su carrera, pasa por él hasta llegar al verdadero fin, que no puede menos de ser aquel grande objeto que sacie y satisfaga por completo á la inteligencia y el amor, los dos grandes centros de su vida creadora. Y cuenta que hablamos

aquí del placer más puro, del deleite espiritual propio de la belleza, único capáz de inflamar nuestra voluntad en el amor de las cosas suprasensibles; no nos referimos á aquellos que cuando de placer se trata, sólo apetecen en el arte como en todo el placer material, especialmente el que causan á los sentidos las artes plásticas, porque esta teoría es de un materialismo tan grosero, que hasta el contestarla sería concederla un honor que no merece. Pero de todos modos, hay algo que vale más que todos los placeres del arte, algo más necesario al hombre, y que el arte con todos sus encantos no puede darle, y menos si con tales placeres consigue absorber toda su actividad afectiva y divorciarle del orden moral. «El placer más puro, dice Chaignet, los goces del gusto ó del saber, no son el objeto supremo y el fin último del hombre, no bastan para llenar la vida, y en ella dejan siempre un vacío. El alma fuera de su verdadera senda, que es el deber, es un navío sin lastre que marcha errante al arbitrio de todos los vientos y al capricho de todas las olas. De aquí provienen en los artistas y en los que sólo quieren vivir de placeres, siquiera sean los inocentes placeres del arte, esas ideas prácticas tan falsas, esas costumbres tan libres, esas subversiones de juicio que se manifiestan hasta en el abandono del traje y en la excentricidad de las maneras» (1).

La absoluta negación de fin para el arte, está en contradicción con vulgares principios de filosofía y aún con el dictámen del sentido comun. Por ciego que sea el empeño de los racionalistas y materialistas en negar la causalidad final, es inconcebible cómo no ven que todas las cosas existen y se hallan conformadas para algun fin fuera de sí mismas. Las más fundamentales leyes de la razón quedan desconocidas ó vulneradas por los que blasonan de amantes y defensores de los derechos de esa facultad. Nada hay tan necesario para la razón ni tan solicitado por ella como el orden. Ahora bien; este orden exige imperiosamente la relación y el respecto de

(1) Chaignet.-Les principes de la science du Beau.- (P. 339.)

unas cosas con otras, ó lo que es igual, el que las unas estén destinadas para las otras, y en definitiva eso mismo es lo que llamamos *orden* en el universo, La contemplación de este orden incomparable del mundo físico, sobrecoje de admiración y arrebatada de entusiasmo nuestra mente, y la poesía le ha consagrado mil veces sus inspirados acentos; á él se refería el inmortal Dante Alighieri, cuando cantaba:

.....*le cose tutte quante
hanno ordine tra loro, e questo é forma
che l'universo á Dio fa somigliante* (1).

La planta no es para la planta, la flor no es para la flor, ni el fruto para el fruto; la planta, la flor y el fruto son para algo distinto de estos seres, tienen un fin fuera de sí mismos, han sido producidos con su naturaleza propia en ordenación á respectivos y particulares fines. Y si todo en la naturaleza responde por medio de leyes y operaciones al cumplimiento de un fin, y si el mismo rey de la naturaleza ha sido tambien formado con especiales aptitudes enderezadas á determinados fines, ¿habrá de sustraerse á esta ley universal el arte y vivir fuera de ella? ¿solamente habrá de carecer de fin el arte, obra asombrosa, ciertamente, pero al cabo obra del hombre? ¿habrá éste recibido sin designio alguno la actividad y el poder de inventiva que suponen las creaciones artísticas? Y nótese que los mismos filósofos, enamorados de un *armonismo* idealista, que es panteísmo puro, organismo féticio, parto de su imaginación extraviada por los prejuicios de un sistema, esos mismos filósofos son los que se niegan á reconocer esta sublime armonía que Dios ha querido hacer patente á los ojos de todos, mostrando su necesidad con caracteres y señales indelebles, así en la naturaleza como en la vida humana. Veamos á qué recursos apela el pobre ingenio humano para desnaturalizar la obra de Dios, desligando del Criador á la criatura y á sus obras.

(1) Paradiso. (C. IV.)

El arte, se ha dicho, está colocado en una región aislada, neutral é indiferente á todo carácter ético. El arte es del todo independiente; no depende más que de él mismo, y por tanto no es responsable de sus obras ante otra autoridad que él mismo. En el arte no hay que buscar nada más que el arte. Ha de juzgarse del arte en sí mismo y para sí mismo, rechazando toda consideración que no sea exclusivamente artística, y dejando á un lado por incompetentes toda regla y toda norma que no sean las reglas y las normas de la Estética pura; el éxito, el efecto, lo meramente artístico, eso es lo que constituye toda la ley y toda la gloria de las obras del genio. Un autor de nuestros días ha escrito lo siguiente: «En cuanto el arte tiene por objeto la creación de la belleza, el arte es libre, está exento de legislación. La teoría estética de *el arte por el arte*, segun la cual el arte produce por producir, crea por crear, canta por la necesidad de cantar, no exige ni puede exigir del artista el sacrificio de su espontánea aspiración á realizar lo bello, libre de toda ley y de todo límite.»—Tales son las proposiciones asentadas para emancipar el arte de la moral por los que quieren fingir inocente al arte, presumiendo además en su desvarío que él todo lo justifica y aún lo purifica todo. ¿Se encuentra en estos asertos algo que se asemeje á razones sólidas y á una argumentación bien fundada? Dar por demostrado lo que debia demostrarse, romper con todas las ideas y nociones filosóficas generalmente recibidas y oponerse al elocuente testimonio de los hechos, será muy osado y muy racionalista, pero tambien poco laudable en quien de filósofo y de pensador se precie. Sobre hipótesis gratuitas y que la razón rechaza no es posible asentar un sistema que resista al exámen de la crítica.

De poco vale toda la habilidad sofística y toda la sagacidad de imaginación cuando se emplean en forjar un mundo de quimeras que no tiene correspondencia alguna con la realidad y con la naturaleza, porque las deducciones obtenidas con tal procedimiento se desvanecen tan luego como es contrastado en la balanza de la sana razón y del recto juicio. ¿Cuál es, dónde está, preguntaremos, esa esfera absolutamente aislada é

independiente, donde se supone que vive el arte, tan propia y únicamente *suya*, que con ella no pueda rozarse nada de todo lo demás que constituye la vida y la actividad de la criatura racional, tan exenta de toda relación que en nada dependa de la naturaleza, operaciones y destino del hombre individual y socialmente considerado? Habéis levantado al arte y al artista un edificio muy cómodo para vuestros planes y para el éxito de vuestros ideales filosófico-religiosos, pero tiene el defecto de que no habéis contado con la verdadera naturaleza del hombre y la del arte, á las cuales contradice de todo en todo, y le habéis dado el vacío por única base y cimiento. Vuestros sofismas han de venir á estrellarse contra esta firmísima y clarísima verdad que sólo dejarán de ver los ciegos voluntarios. El arte es obra del hombre, y el hombre es ante todo y sobre todo un sér moral, sujeto por lo tanto al órden y al dominio de la moral, con el arte como con todas sus obras. Lo que hay aquí es una profunda subversión de principios, latente en vuestra filosofía panteísta, que diviniza la actividad del espíritu y sus actos. Decís que para juzgar de las producciones del arte, no hay que hacer aplicaciones de reglas de moral ni de otras leyes que las de la Estética pura; ¿pues con que derecho facultais vosotros á vuestra Estética para que se erija en legisladora universal y suprema, é invada el estadio de la Moral? Nosotros partimos del único sólido terreno; hé aquí nuestra afirmación indestructible: la Moral, ó no es nada, ó es soberana; y para que esta soberanía sea real y verdadera, es menester que nada se sustraiga á su acción legislativa de cuanto hay de racional en el hombre.

No es posible concebir la Moral si no es imponiéndose como regla y medida superior á todos los modos de la actividad humana. La Moral debe alcanzar indispensablemente allí donde haya algún ejercicio y manifestación de libertad, y el arte es esencialmente libre, por cuanto es operación de un sér dotado de libre albedrío. Así como tiene límites la libertad, interna ó técnica del arte, también los tiene su libertad externa, de dirección ó de pensamiento. Y si el arte en último término es traducción y viva y fidelísima expresión de ideas y senti-

mientos, ¿por qué y con qué título han de eximirse de ser regidos por el justo y provechoso freno de la moral estos sentimientos, é ideas al igual que todos los demás que el hombre concibe, produce y expresa? No es que confundamos é identifiquemos la Moral con el Arte. Entre el Arte y la Moral hay distinción, no lo ignoramos, pero también relación necesaria. La distinción estriba en que la Moral atiende inmediatamente á la honestidad, la virtud, el bien práctico, y el arte á la manifestación de lo bello ideal; pero no puede haber separación absoluta y ménos repulsión y divorcio, porque no se trata de dos órdenes de cosas, que no se toquen en ningun punto. El orden y el bien; hé aquí el alto objeto de interés comun, y el centro de unidad para esas dos esferas, la de la Moral y la del Arte, pero siendo la primera superior y anterior á la segunda. La autoridad de la Moral en punto á ese capital objeto es ineludible para el arte, pero el arte mismo recibe singularísimo beneficio, y el beneficio más conforme á su naturaleza de su obediencia al imperio de la Moral, porque el orden y el bien son los fundamentos más valederos de la pureza y elevación, del ennoblecimiento y grandeza del arte.

El artista, por serlo, no deja de ser hombre, y como tal, tener conciencia, y ser responsable de sus acciones. Donoso privilegio, en verdad, sería el que eximiera de responsabilidad moral á un hombre en el terreno del arte el hecho mismo de haber Dios infundido en su alma esa chispa del genio que forma al artista.

Nó; las prerogativas del arte nunca han significado ni pueden envolver la inculpabilidad de los artistas y su colocación en una línea extra-moral. El buen sentido se subleva contra esta pretensión proclamando enérgicamente que el genio y el talento obligan más á quien los ha recibido para hacer de ellos un uso recto y ordenado. Con esto nada se dice que redunde en desdoro del arte, ni en menosprecio de sus legítimos fueros, antes bien se afirma su virtud iluminadora, su fecundo poder y su soberana eficacia. Quiérese convertir al artista en un ser superior; pero téngase en cuenta que si en algo se diferencia del comun de los hombres es precisamente en que si de

todos nosotros, en cuanto racionales puede decirse *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine*, esa preciosa luz, reflejo de la divina, es aún mucho más clara, más viva y refulgente en el artista, y por lo tanto más útil para guiarse á sí propio y guiar á los demás en los caminos de la verdad y del bien, que conducen á la intuición de la belleza ideal. A quien mucho se le dá, mucho debe exigírsele.

Prolijo en demasía habria de hacerme si quisiera acumular testimonios de autores ilustres que defienden con irrecusables argumentos la relación entre la moral y el arte y la obediencia que este debe á la moral en orden á la consecución del bien, hallando todos en este principio una trascendencia suma para la vida del arte mismo y de las sociedades á que sus obras se aplican. «La alta moralidad de las obras de la imaginación, dice Franck en su Diccionario de Filosofía, tiene por principio la eterna y profunda afinidad de lo bello y de lo verdadero.»—«El arte, dice Clair en su tratado *Lo bello y las bellas artes*, debe abstenerse de toda representación de la fealdad moral á menos que no sea para hacer resaltar mejor el esplendor de la verdad y del bien, como el pintor distribuye las sombras en un cuadro; pero aún en este caso, la pintura de un vicio no deberá ser un peligro para la virtud; el arte no puede bajo ningun pretexto emanciparse de las leyes de la Moral; atacando la honestidad, se deshonorá á sí mismo.» Oigamos cómo se expresa Bacón hablando de la poesía, el arte por excelencia: «La poesía es menos recomendable por el placer que puede producir que por la grandeza de alma ó la pureza de costumbres que pueden ser su fruto. Así no sin razón parece tener algo de divino, puesto que eleva al alma y la transporta, por decirlo así, á elevadas regiones, acomodando las imágenes de las cosas á nuestros deseos, en vez de someter el alma á las cosas mismas. Los antiguos nada habian desdeñado para hacer de ella una escuela de virtud, y los grandes hombres y los filósofos más sábios la consideraban como el arco de las almas.»

El profundo y elocuentísimo orador P. Félix ha dicho: «El ministerio del arte, su gran misión social es perfeccionar la

vida humana, acercándola á su ideal que es el mismo Dios.... Es imposible separar al hombre del artista, porque el uno influye necesariamente sobre el otro.... La impureza de las costumbres echa por tierra, ó á lo ménos oscurece el ideal en las artes. En vez de comunicar á la materia la luz del espíritu, extiende sobre las claridades del espíritu las sombras de la carne, y oculta al artista con una espesa cortina los esplendores de su ideal.... Todo está enlazado en el fondo de una admirable unidad; lo verdadero se enlaza con lo bello, lo bello con el bien, el bien con lo puro y lo puro con lo perfecto, lo mismo en la esfera del arte que en todas las demás esferas. No puede haber alianza entre lo bello y lo impuro, y el genio del arte rechaza una asociación con la impureza de las costumbres, que no podría subsistir.» Pero no es maravilla que los autores modernos hayan reconocido este principio, siendo así que en el mundo antiguo fué ya descubierto. El gran Aristóteles, oráculo del saber y de la crítica de la antigüedad, escribió que «el bien es el fin de las artes.»

No es el hombre un sér desligado de relaciones sociales y morales; por lo mismo razonable y justo es que concurra con sus operaciones y sus medios, entre ellos, el arte, al orden y al bien universal. Tampoco es cierto lo que suponen nuestros adversarios de que las obras artísticas produzcan efectos exclusivamente estéticos, y siendo por el contrario verdad innegable que generalmente y por naturaleza acompaña á esas obras la expresión de determinadas ideas y sentimientos, junto con tales sentimientos é ideas no puede menos de ir algun espíritu bueno ó malo, alguna intención y aplicación que podrá ser de rectitud, de bondad y pureza, ó de perversidad, corrupción y malicia.

El artista, pues, que es libre en sus direcciones y por ende dueño de imprimir especial carácter y aliento á las producciones de su génio, debe dirigirlas al bien ó al ménos no salirse de la esfera de lo esencialmente bello, que será asimismo verdadero y bueno, para no hacerse responsable de trastornos sociales y morales, cuya raíz está en un arte, que en vez de edificar disuelve y escandaliza, y en lugar de mantener pura

y sana la atmósfera de las inteligencias, la envenena y corrompe con su influjo.

El arte es un lenguaje, esto es, un vínculo social propio de seres nobles y perfectibles. El lenguaje comun ó hablado nos une á todos los hombres, nos acerca unos á otros, como criaturas dotadas de razón, ayudándonos á vivir en sociedad y sirviendo á necesidades elementales y primordiales de nuestro sér. Para los hombres constituidos en sociedad, para la sociedad y en bien de la sociedad ha sido dado el arte, ese lenguaje aún más digno y elevado, que responde á más altas aspiraciones, y satisface á otro orden de necesidades en las vías del perfeccionamiento social humano. El arte, sublime expresión de concepciones y de afectos, es un medio poderoso en la obra del verdadero progreso y civilización de los pueblos. El genio bien dirigido y el verdadero y encumbrado talento en las artes, timbres de la aristocracia de las inteligencias, dilatando para generaciones enteras los horizontes de la belleza ideal, cooperan al propio tiempo á la causa de la verdad y del bien, alimento de las inteligencias y de los corazones de los hombres, y, no lo dudemos, los triunfos logrados para la verdad y el bien, contribuyen eficaz y positivamente á hacer grandes, florecientes y respetadas las naciones. «Si Dios nos ha dado, dice el ya citado Chaignet, el amor de la belleza, la necesidad de verla, de gustarla, de reproducirla, es porque así era bueno y conveniente que sucediese. El amor de lo bello no es contra el destino superior del hombre, antes bien tiene su lugar propio en la vida y su oficio que cumplir en la historia de la humanidad.»

El arte es además, por mucho que le duela á la soberbia racionalista el escucharlo, un dón recibido de Dios. Si el hombre no hubiera sido hecho á imágen y semejanza de Dios, no habria arte. No hay operación sin facultad apta para ella; con esa facultad nobilísima de crear bellezas en el arte, quiso Dios adornar nuestra limitada naturaleza, pero como sabiamente se ha dicho, todo dón intelectual toma su razón de sér y su mayor valor de su aplicación. ¿Por qué habríamos de avergonzarnos en confesar lo que constituye el mejor título de nuestra

gloria, lo que es marca de nuestra grandeza é indicio de la inmortalidad de nuestro destino? Mas por lo mismo que arde en nosotros este fuego sagrado, cuyo origen de lo alto vislumbraron hasta los mismos poetas de la gentilidad, por lo mismo que el Divino Artífice nos ha hecho artistas por un acto de su espléndida munificencia, ese Arte, que ha venido de Dios, es natural, es justo, es necesario que vuelva á Dios y que conduzca á Dios; que vuelva á Dios para no extraviarse y prostituirse en los funestos senderos de la licencia y del orgullo; que vuelva á Dios, ya que recibió alas para volar hácia El, no para quemarlas en el fuego de las pasiones, ni para mancharlas con el cieno de la concupiscencia; que vuelva á Dios con sus frutos por ofrendas que han de valerle en retorno la multiplicación de su poder y perfecciones, para glorificar á Dios, Autor y Ejemplar de toda perfección y de toda belleza; que conduzca á Dios mejorando y enaltecendo á los hombres, regenerando la naturaleza humana é iluminando las inteligencias de los mortales con los reflejos de la inmortal é increada Belleza, de la Belleza esencial é infinita.

(*Concluirá.*)

RAFAEL CANO.

LOS PARÁSITOS.

(Continuación.)

—Pues ea, sea el que quiera, lo que urge es que cuanto antes le demos. Pero en lo que toca á dejarte aquí sola y volvernos á Duradón con las orejas gachas. ¡*Nequaquam!* Yo no te preguntaré nada, ni me meteré en nada, ni haré más que lo que tú me mandes; pero aquí me quedo y ni á tiros me marchó. Despues de todo, ¡qué demonios! para algo puedo servirte, y á fé á fé, que gracias á mis piernas y á mi olfato, has descubierto muchas cosas, que sola no hubieras tal vez adivinado. Quién te averiguó las señas de Juan Antonio... dirás tú que eso en Madrid, que no es tan grande como parece, cualquiera lo sabe; pero además, ¿quién se anduvo de café en café y de garito en garito, hasta dar con el paradero de ese personaje endemoniado y misterioso, tan fácil en mudarse de casa como en cambiarse el nombre, y que unas veces se llama Simón, otras Roque, otras D. Agustín, y que me ha hecho andar á Madrid de punta á punta, hasta identificar su persona? ¿Te he preguntado yo nunca por qué me hacías esos encargos, ni para qué servían mis averiguaciones, ni qué diablos tenía que ver ese hombre contigo, ni con nosotros, ni con Juan Antonio? Pues me parece que bien ganada me tenía yo alguna confianza, y sin embargo, como de la peste, me he guardado de pedirte semejante propina. ¿Qué más? hace dos días me digiste que necesitabas saber cuándo había llegado y dónde vivía un pobre fraile exclaustrado, un bendito Padre capuchino, que á juzgar por las carnes que le quedan al infeliz pegadas al pellejo, se queda sin remedio en la primer cua-

resma, una especie de muerto con sotana, y que no le queda de persona más que dos ojos; eso sí, dos ojos como dos ventanas de grandes, por las que parece que se le escapa el alma, que eso y no otra cosa debe ser una luz muy hermosa y muy dulce que despiden cuando se fijan en cualquier mortal.. y dicho y hecho; á fuerza de andar de iglesia en iglesia y de sacristia en sacristia, logré por fin atraparle en una y le ayudé la Misa, que ¡Dios me perdone! confundido y aturrullado como estaba, me confundí y embrollé de tal modo, que sólo la infinita paciencia de aquel santo varón pudo aguantar mis atrocidades. Y luego, con maña... porque tambien tengo yo maña para las cosas cuando me pongo á ello, le saqué al sacristan, que se hizo amigo mio, el nombre del fraile.—«Es el P. Albizu—¿no le conocías, eh?»—con mucho misterio me dijo:—«está en Madrid de ocultis.»—Mira tú que ocultis, y se iba todos los dias á decir Misa.—«Porque si supieran que estaba aquí le prendian;»—que es lo que yo digo; para qué van á prender á un hombre que tiene ya, como quien dice, un pié en la sepultura;—«pero ya ves tú... entre nosotros...»—como si me conociera á mí á fondo el majadero del sacristan;—«está tan seguro como en Francia;»—sí, buenas y gordas ¡mentecato!—pensé yo para mi sayo. Con que ya sabes; yo me fui siguiéndole los pasos... y le vi entrar en su casa y te vine enseguida con el soplo... por supuesto porque me digiste que á ese buen señor no le pasaría nada malo porque nosotros supiéramos donde vivía y que con tal que guardáramos su secreto, mejor que el bobalicón del sacristan, nada tenía que temer por parte nuestra, antes al contrario podía sin comprometerse hacernos un gran servicio y acaso él mismo tener una grandísima satisfacción, y aunque esto último de las satisfacciones que tú me dijiste lo pongo yo muy en cuarentena, porque el pobre señor más parece pensar en las cosas del cielo que en ninguna de las de la tierra, por muy importantes que para él sean... nada, me guardé muy bien de hacerte ninguna pregunta ni de meterme en honduras ni de desembrollar este condenadísimo laberinto en el que anda metida tanta gente y de tan distintas condiciones, méritos y gerarquia... Pues ¡caram-

ba!—añadió Indalecio despues de una breve pausa á que le obligó la vehemencia con que casi de un tirón y sin tomar aliento relató el memorial de sus servicios;—yo no diré que sea un sábio, ni tampoco que haya nacido para Comandante de la Guardia civil ni siquiera para Comisario de policia, pero cuando uno trabaja lo que puede y sudando ó no sudando hace uno esas cosas con la mejor voluntad y el mejor deseo, tampoco tiene gracia que le vengan á uno á decir que está de sobra, ó que no sirve más que de estorbo.

—¡Esta bien, hombre; está bien!—respondió la Sra. Prisca sonriéndose á pesar suyo, y dándole en el hombro una palmada que era la señal más expresiva de sus efusiones cariñosas;—confieso que he sido injusta contigo y convengo en que tienes razón.

—¡Ya era hora! ¡caramba!... ¡ya era hora!—exclamó Indalecio refunfuñando, pero venciendo su bondadoso natural y el honrado propósito de contribuir pasivamente á los planes de su directora y consejera, á su inocente orgullo y á la comezón de su disculpable curiosidad, se apresuró á añadir:—Eso no quita para que si tú crees que yo debo marcharme con Eulalia me marche enseguida y te deje en paz y tranquila.

—No, hombre, no, quedaos—dijo la Sra. Prisca con conciliador acento;—acaso aciertes, y sobre todo, más ven cuatro ojos que dos.

—Eso digo yo—respondió Indalecio agitando valientemente los suyos, que sino espresivos ni bien trazados justificaban por lo grandes, salientes y redondos, la vulgar sentencia invocada por el ama de llaves;—con que ahora—añadió, vuelto otra vez al estado de actividad febril que desde hacía dos meses le dominaba—¿qué hacemos? Se me figura que ya hemos hablado bastante... con que por lo tanto basta de hablar y manos á la obra.

—Sí, manos á la obra—exclamó tambien la Sra. Prisca con más tristeza que entusiasmo.

CAPÍTULO XI.

ICARO.

Formidable y amenazadora se presentaba por aquellos días la marejada política, y por consecuencia todos los pescadores de oficio ó de afición, de buena ó de mala fé preparaban apresuradamente sus avíos de pesca para aprovecharla. Y como suele acontecer en casos análogos que cada uno desconfía y prescinde del compañero por juzgarse él sólo capaz de conducir por sus propias manos la barca y manejar por sí mismo el aparejo, rompiáanse en un momento las más entrañables y antiguas amistades, concertábanse otras nuevas y todo era confusión y barullo en la lonja del gremio, disputas, apuestas y jugadas á plazo en que figuraba como mercancía el éxito probable de las esperanzas en curso.

Ya hemos dicho que nuestro Juan Antonio era de los primeros comprometidos en este juego y que en pocos días habia sabido colocarse á la cabeza de un grupo importante, lo cual en España basta y sobra para que un hombre quede acreditado y en disponibilidad gubernativa y hasta ministerial.

Decir cómo en nuestros parlamentos se forma un grupo alrededor de un hombre, explicar las condiciones que deben concurrir en un hombre para que en torno suyo se agrupen sus semejantes y formular con precisión algebraica la ley política y moral en cuya virtud se verifica este fenómeno geodésico-parlamentario nos alejaría demasiado del curso racional de esta historia, á cuyo desarrollo y proceso basta consignar que Ruiz del Busto, aún recién llegado al parlamento, bien por sus condiciones naturales, bien por los antece-

dentes de su historia, ó acaso tambien por el trabajo de asimilación á que se dedicó con verdadero empeño desde el dia en que asentó su planta en aquel codiciado y fértil campo de las intrigas y maquinaciones, ascendió de un golpe de la modesta categoría de guarismo, á la más envidiable, próspera y fructífera de cantidad, sin que á nadie se le ocurriera echarle en cara, antes al contrario, ocurriéndosele á muchos la idea de felicitarle por el hecho más bien plausible que adverso de que en la susodicha cantidad apareciese á la cabeza de un determinado número de ceros.

Porque esta es una de las muchas particularidades que los grupos parlamentarios ofrecen, que en ellos no se aprecia nunca la calidad, sino el número de los agrupados, y que lejos de servir para sublimar al jefe la significación, la fisonomía y la personalidad de su hueste, sólo sirve para desacreditar ó anular su importancia.

Los ceros de Juan Antonio eran de lo mejorcito en su clase. Ceros humildes, entusiastas y disciplinados, no más grandes ni más redondos unos que otros, sino todos igualmente ceros, ó lo que es lo mismo, todos por igual obedientes.

Así, mientras otros grupos y aún fracciones de más antiguo abolengo y más laboriosamente formadas, empezaban á deshacerse al calor de los sucesos, dando lugar á agrupaciones menudas, acéfalas y desperdigadas entre el oleaje político, el de Juan Antonio, compuesto en su mayor parte de gente nueva, ó como si dijéramos, de ceros de refresco, presentaba á las atónitas miradas de los expertos y observadores una ejemplar y amenazadora disciplina y una homogeneidad rica en esperanzas y promesas.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

El Rey D. Alfonso, la más alta representación política de España, aquel que lleva su nombre y simboliza la patria aquende y allende las fronteras, ha sufrido los más atroces insultos del populacho de París. Curados estamos de cierta clase de amores, á los cuales arrancamos del fondo del corazón, en cuanto tienen de personales, sin que otros los hayan sustituido; mas todavía arden vivos en nuestro pecho el amor á la monarquía, el amor á la patria, el amor á la dignidad nacional.

Y consideramos ofendidos estos sentimientos en la persona de Don Alfonso que, lo repetimos, debè de ser, aparte de las opiniones políticas de cada cual, encarnación y símbolo de la patria, sobre todo en tierra extranjera. Lo ocurrido en París en el mismo día en que la historia vestía de luto por la conmemoración del funesto entronizamiento del motin de Setiembre, es verdaderamente extraordinario y ofrece suma gravedad, así para la política interior como para la internacional.

No hay que abandonarse en brazos de ilusiones vanas y engañosas. No puede encubrirse la realidad de las cosas diciendo que un puñado de intransigentes, atropellando las leyes de la cortesía y obediendo las inspiraciones de este ó el otro demagogo, se han impuesto á una gran ciudad y á un Gobierno extraño, pero que el suceso no pasa de ahí. ¡Lástima fuera que Ferry ó Thibaudin hubieran también silbado y vociferado en torno del carruaje de D. Alfonso! Cuando un pueblo tolera escenas semejantes, se hace cómplice de ellas, y mayor es la complicidad cuanto menor es el número de los delincuentes. Se comprende que un pueblo deje pasar el motin por las calles cuando el Gobierno lo consiente ó no lo puede reprimir, pero las circunstancias del caso actual son muy distintas, por lo que debe reconocerse la extensión y la calidad del ultraje.

Pero no es esto sólo. La actitud del Gabinete francés ha sido incorrectísima, como ahora se dice, en todos los pormenores de la entrada del Rey en París. M. Grevy se presentó sólo, y ya muy tarde y como de mala gana acudió alguno de sus ministros. Mientras D. Alfonso, segun

costumbre, ostentaba sobre su pecho la banda de la Legión de Honor, Grevy, que tiene, no sabemos por qué, el Toisón de Oro, no correspondió á la cortesía real ostentando la insigne condecoración española. Dicese que las tropas y la policía custodiaban la carrera; ¿mas de qué sirvieron? ¿Qué cumplimiento dieron sus jefes á las leyes y á las exigencias del honor? Ni aún los caballos de escolta evitaron que la turba rodease tumultuosamente el carruaje del Rey. Ni una sola prisión se hizo, ni la más ligera demostración de defensa se advirtió en las autoridades, en la tropa y en la policía. Y como si esto fuera poco, el ministro de la Guerra, el célebre Thibaudin, congraciándose con los que con torpeza criminal comprometen la honra, la seguridad y la paz de su país, ha propuesto su renuncia porque el Gobierno dispuso que fuerzas del ejército asistiesen á la entrada.

En la hora en que, trémulos de indignación, no inspirada en ciertas consideraciones personales, sino movida por puro patriotismo, escribimos estas líneas, desconocemos las resoluciones del Gobierno que preside el Sr. Sagasta. Dicese que aconseja al Rey su inmediata vuelta á España, y que se propone romper las relaciones diplomáticas con Francia; el consejo parece natural, pero esta medida ha de ser efecto de maduro juicio y no de un atolondramiento peligroso. ¿Es esto decir que nos parecería mal si se acordase? Nó, mas como se trata de estos gobiernos; como no dirige la política española ningún hombre del temple de alma de Narvaez; como es de presumir que se tratase de anular mañana con un acto de humillación lo que hoy fuera un arranque de dignidad, tenemos miedo á todo acto gubernamental, aún al de la más laudable energía. ¡Triste destino el de estos políticos sin ventura, que inspiran miedo hasta cuando proceden bien!

No puede presumirse aún el efecto que producirán los sucesos de París en la política internacional, y especialmente en nuestras relaciones con Alemania. Causante ésta, por torpeza, por imprevisión ó por maquiavélico propósito, de la excitación del populacho de París, enardecido por la prensa revolucionaria, ha de tomar ó debe de tomar como hecha á ella misma la escandalosa afrenta, puesto que no era á D. Alfonso, como Rey de España, á quien se dirigía, sino como á coronel de hulanos. Ya sabemos que el fin último de los revoltosos era humillar á un monarca, pero aún así, no puede desconocerse aquello otro.

Aun suponiendo que el viaje no haya ocasionado compromiso alguno, es indudable que no preparará la opinión de los políticos españoles en favor de Francia. Y este pobre país, aislado en Europa, objeto de recelos y de asechanzas, sin fuerza ni prestigio, puesto siempre al borde de nuevas desventuras, está obligado á solicitar la alianza, ó cuando

ménos la benevolencia de los demás países. Pero la ineptitud de su gobierno, la pasión ciega de su demagogia y la falta de patriotismo de sus jefes, le llevan por senderos opuestos y le hacen odioso y odiado.

En cuanto al efecto de estos sucesos en el órden político interior, tambien será desastroso. Los últimos pronunciamientos han desvanecido el prestigio de que aparecían rodeadas las instituciones, infundiendo desconfianza, cuando no miedo, en muchos de sus amadores y defensores. En cambio el espíritu revolucionario muestra tales alientos, que no parece sino que se acerca la hora de su triunfo. Por virtud de una ley política natural, crece la osadía de la revolución, cuando declina la firmeza del principio contrario, segun estamos viendo desde hace dos meses y como más palpablemente hemos de ver aún, si Dios no lo remedia. El Gabinete que preside el Sr. Sagasta no puede dar de sí otra cosa, siendo como es incoloro, inconstante y falto de energía, virtud sin la cual no pueden resolverse estos grandes conflictos.

¿Qué influencia ejercerá todo esto en la crisis latente declarada á la hora de ocurrir los pronunciamientos últimos? Si cae este Gobierno, ¿qué otro le sustituirá? ¿Acaso la izquierda, más dispuesta á transigir con el Gobierno francés que á exigirle una reparación? ¿Acaso el Sr. Cánovas del Castillo, que parece natural desee encargarse de una situación totalmente nueva, no por los hombres sino por los principios y los procedimientos, y mostrarse dispuesto á dar la batalla á la revolución? ¿Acaso el mismo Sr. Sagasta?

Si la política española se rigiera por los principios de la lógica, nadie pensaría en este último extremo. Porque el Sr. Sagasta ha demostrado una perfecta incapacidad, no sólo para gobernar un país alborotado y para reprimir el espíritu rebelde, sino tambien para mantener la paz y el órden. En estas circunstancias, el gobernante á quien cogieron de sorpresa los pronunciamientos; que ni sabe dar libertad ni mantener el reposo público; que no inspira confianza á nadie; que no tiene fuerza ni aun para robustecer la disciplina de su propio partido; que tan mal consejero se manifiesta en todos los lances del viaje; que no sabe destruir unas maquinaciones tan ridículas y poco robustas como las de la izquierda, no puede encargarse de reorganizar el ministerio. Pero quizá estemos más amenazados de este absurdo que de cualquier otra solución racional y lógica. Y si la amenaza se cumple, será llegada la ocasión de decir: ¿qué ciega influencia, qué irreflexivo espíritu, qué maligno sentido mueve los resortes de nuestra política?

Muéstranse gozosos los izquierdistas en virtud de lo ocurrido porque creen más fácil que ántes su advenimiento. Como la situación política es tan estafalaria, confían en que un golpe de fortuna les dé el poder,

que nunca debiera llegar á sus manos por rectos caminos. Porque ya ni aun partido sério y compacto forman. Las declaraciones hechas por sus jefes en la frontera y los discursos pronunciados en Madrid por el señor Moret son un recuerdo del célebre órgano de Móstoles. El Duque de la Torre piensa de distinto modo que el Sr. Moret; el Sr. Becerra no está conforme con el Sr. Márto; el general Beranger proclama su autonomía; el Sr. Balaguer, ayer sagastino, es hoy un izquierdista intransigente y en cambio el Sr. Linares Rivas cree ya posible recibir la cartera de ese Sr. Sagasta á quien abominaba.

Pero este desconcierto no favorece mucho al Gabinete actual. Desde luego, si es que la gravedad de las circunstancias no exige otra cosa, el Sr. Martínez Campos está resueltísimo á dejar el puesto, aun antes de que se abran las Córtes. Nosotros creemos que la crisis se resolverá pronto y extra-parlamentariamente, á no ser que el Sr. Sagasta se decida á hacer frente á la tempestad que dentro y fuera de España ha suscitado.

Mucho se habló en los días anteriores de la formación de un ministerio presidido por el Sr. Posada Herrera, y que, sirviendo como de respiro á la marejada actual, facilitase una solución más radical y definitiva, ya fuere conservadora, ya izquierdista. Poco se habla ya del asunto, quizá más que todo, porque el Sr. Posada con excelente acuerdo, no se manifiesta dispuesto á semejante sacrificio.

De todos modos, y aun cuando se acalle un poco el espíritu revolucionario que arde en todas partes y, segun dicen, no menos en los cuarteles, al menos en lo que se refiere á la política, el próximo mes de Octubre ha de ser agitadoísimo y fecundo en sucesos de importancia.

Y como si fueran pocas las dificultades presentes, el estado de la Bolsa es desastroso. Los fondos bajan, los agentes quiebran, las fortunas se hunden, el dinero se esconde. Jamás, desde 1875, ha sufrido España tantas amarguras como en la hora presente.

Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, recordando los beneficios que la cristiandad debe á la hermosa devoción del Santo Rosario, rindiendo tierno homenaje á la memoria de Santo Domingo de Guzman, y poniendo ante nuestros ojos las singulares victorias que por virtud del piadoso ejercicio lograron nuestros padres contra turcos, albigenses y otros enemigos, acaba de dirigir al mundo fiel una hermosísima Encíclica recomendando dicho santo ejercicio, dedicándole como gratísimo á la Virgen, el próximo mes de Octubre, y ofreciendo á los fieles los tesoros de las mercedes espirituales.

Todos los Obispos del orbe católico están dando á conocer ese documento y en todas las iglesias se preparan fiestas solemnes en cumplimiento de la palabra pontificia, que para deleite y enseñanza de los lectores damos en este número de la REVISTA.

No ha cesado en Francia la polémica entre los católicos y legitimistas que siguen al *Universo* y los que han aceptado sin tardanza, escrúpulos ni condiciones, los derechos del Conde de París. Con todo, la polémica es menos viva y vigorosa. Los primeros exigen que el Conde diga si realmente acepta, á la par que la sucesión de Enrique V, su programa, y si es digno heredero del Rey cristiano. Recelos naturales y legítimos, falta de tacto en ambas partes, lo ocurrido en los funerales del conde de Chambord, negros recuerdos históricos, antiguas debilidades de raza, una querrela periodística, no contenida en los límites del patriotismo, apresuramientos más ó menos culpables y la inquieta genialidad francesa, han separado á los monárquicos.

Este hecho es muy doloroso. Consideramos natural y justo que los católicos y legitimistas de verdad, aleccionados por el pasado, deseen que se les asegure de las leales intenciones del heredero de Enrique V, antes de levantarle sobre él pavés y de jurarle fidelidad duradera. Pero quizás sus aprensiones y recelos son exagerados. Aun cuando el Conde de París no fuera tan leal y tan caballeroso como le pintan todos los testimonios, jamás podría seguir la política de su abuelo. Los tiempos han variado mucho. La mayoría del partido monárquico está compuesta de hombres fieles á la Religión y á los buenos principios. Los orleanistas más doctrinarios, Buffet, Broglie, Estancelin y otros, no ocultan sus sentimientos profundamente católicos, y es seguro que están dispuestos á hacer por la Iglesia cuanto sea posible.

La cuestión está aun empeñada. Nosotros no queremos contribuir aquí á que tome mayores vuelos, ni aun en el pensamiento de los católicos españoles, que tan como á cosa propia atienden á lo que pasa en Francia. Dé Dios acierto, prudencia y buen espíritu á todos los católicos y monárquicos franceses, único medio de que alcancen el triunfo, pero nunca olvide el Conde de París á lo que obliga la herencia que ha recibido ó que le han dado.

El torpe Gobierno francés, después de provocar la guerra del Tonkin, no sabe cómo desenredarse de las dificultades que le presenta China y está á punto de encenderse la lucha entre ambos pueblos. China

no es aquel país de hace cuarenta años donde unos cuantos regimientos europeos podían hacer maravillas. Posee hoy un buen ejército, montado en parte á la europea, con fusiles modernos y una artillería poderosa, con muchos buques de coraza y sobre todo está defendido por la distancia, que hace casi imposible la lucha.

Las negociaciones entre ambos Gobiernos adelantan poco y es de presumir que al cabo ceda Francia, tan pronta á mostrarse débil como arrogante.

JUAN CATALINA GARCÍA.

MISCELANEA

EPÍSTOLA ENCÍCLICA

DE

NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR LEÓN POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XIII.

A todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del mundo católico en gracia y comunión con la Santa Sede Apostólica.

LEÓN XIII, PAPA.

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA.

El Apostolado supremo que Nos está confiado y las circunstancias difíciles por que atravesamos, Nos advierten á cada momento é imperiosamente Nos empujan á velar con tanto más cuidado por la integridad de la Iglesia, cuanto mayores son las calamidades que la afligen:

Por esta razón, á la vez que Nos esforzamos cuanto es posible en defender por todos los medios los derechos de la Iglesia y en prevenir y rechazar los peligros que la amenazan y asedian, empleamos la mayor diligencia en implorar la asistencia de los divinos socorros, con cuya única ayuda pueden tener buen resultado Nuestros afanes y cuidados.

Y creemos que nada puede conducir más eficazmente á este fin como hacernos propicia con la práctica de la Religión y la piedad á la gran Madre de Dios, la Virgen María, que es la que puede alcanzarnos la paz y dispensarnos la gracia, colocada como está por su Divino Hijo en la cúspide de la gloria y del poder, para ayudar con el socorro de su protección á los hombres que en medio de fatigas y peligros se encaminan á la Ciudad Eterna.

Por esto, y próximo ya el solemne aniversario que recuerda los innumerables y cuantiosos beneficios que ha reportado al pueblo cristiano la devoción del Santo Rosario de María, Nós queremos que en el corriente año esta devoción sea objeto de particular atención en el mundo cató-

lico, á fin de que por la intercesión de la Virgen Madre obtengamos de su Divino Hijo venturoso alivio y término á nuestros males. Por lo mismo hemos pensado, venerables hermanos, dirigidos estas letras, á fin de que, conocido Nuestro propósito, exciteis con vuestra autoridad y con vuestro celo la piedad de los pueblos para que cumplan con él esmeradamente.

En tiempos críticos y angustiosos ha sido siempre el principal y solemne cuidado de los católicos refugiarse bajo la égida de María y ampararse á su maternal bondad; lo cual demuestra que la Iglesia católica ha puesto siempre y con razón en la Madre de Dios toda su confianza.

En efecto, la Virgen exenta de la mancha original, escogida para ser Madre de Dios y asociada por lo mismo á la obra de la salvación del género humano, goza cerca de su Hijo de un favor y de un poder tan grande que nunca han podido ni podrán obtenerlo igual ni los hombres ni los Angeles. Así, pues, ya que le es sobremanera dulce y agradable conceder su socorro y asistencia á cuantos la pidan, desde luego es de esperar que acogerá cariñosa las preces que le dirija la Iglesia universal.

Mas esta piedad, tan grande y tan llena de confianza en la Reina de los Cielos, nunca ha brillado con más resplandor que cuando la violencia de los errores, el desbordamiento de las costumbres, ó los ataques de adversarios poderosos, han parecido poner en peligro á la Iglesia de Dios.

La historia antigua y moderna y los fastos más memorables de la Iglesia recuerdan las preces públicas y privadas dirigidas á la Virgen Santísima, como los auxilios concedidos por Ella; é igualmente en muchas circunstancias la paz y la tranquilidad pública, obtenidas por su poderosa intercesión.

De ahí esos excelentes títulos de auxiliadora, bienhechora y consoladora de los cristianos; Reina de los ejércitos, y dispensadora de la victoria y de la paz, con que se la ha saludado. Entre todos estos títulos es muy especialmente digno de mención el del Santísimo Rosario, por el cual han sido consagrados perpétuamente los insignes beneficios que le debe la cristiandad.

Ninguno de vosotros ignora, venerables hermanos, cuántos sinsabores y amarguras causaron á la Santa Iglesia de Dios á fines del siglo XII los heréticos Albigenses, que, nacidos de la secta de los últimos Maniqueos, llenaron de sus perniciosos errores el Mediodía de Francia y todos los demás países del mundo latino, y llevando á todas partes el terror de sus armas, estendían por do quiera su dominio con el exterminio y la muerte.

Contra tan terribles enemigos, Dios suscitó en su misericordia al insigne Padre y fundador de la Orden de los Dominicos. Este héroe, grande por la integridad de su doctrina, por el ejemplo de sus virtudes y por sus trabajos apostólicos, se esforzó en pelear contra los enemigos de la Iglesia católica, no con la fuerza ni con las armas, sino con la más acendrada fé en la devoción del Santo Rosario; que él fué el primero en propagar, y que sus hijos han llevado á los cuatro ángulos del mundo. Prevefa, en efecto, por inspiración divina, que esa devoción pondría en fuga, como poderosa máquina de guerra, á los enemigos, y confundiría su audacia y su loca impiedad. Así lo justificaron los hechos. Gracias á este nuevo modo de orar, aceptado, regularizado y puesto en práctica por la Orden de Santo Domingo, principiaron á arraigarse la piedad, la fé y la concordia, y quedaron destruidos los proyectos y artificios de los herejes; muchos extraviados volvieron al recto camino y el furor de los impíos fué refrenado por las armas católicas empuñadas para resistirles.

La eficacia y el poder de esa oración se experimentaron en el siglo XVI, cuando los innumerables ejércitos de los turcos estaban en vísperas de imponer el yugo de la superstición y de la barbarie á casi toda Europa. Con este motivo el Soberano Pontífice Pío V, despues de reavimar en todos los Príncipes cristianos el sentimiento de la comun defensa, trató en cuanto estaba á su alcance de hacer propicia á los cristianos á la Todopoderosa Madre de Dios y de atraer sobre ellos su auxilio; invocándola por medio del Santísimo Rosario. Este noble ejemplo que en aquellos dias se ofreció á tierra y cielo, unió todos los ánimos y persuadió á todos los corazones; de suerte que los fieles cristianos decididos á derramar su sangre y á sacrificar su vida para salvar á la Religión y á la pátria, marchaban sin tener en cuenta su número al encuentro de las fuerzas enemigas reunidas no léjos del golfo de Corinto; mientras los que no eran aptos para empuñar las armas, cual piadoso ejército de suplicantes, imploraban y saludaban á María, repitiendo las fórmulas del Rosario y pedían el triunfo de los combatientes.

La Soberana Señora así rogada, oyó muy luego sus preces; pues que, empeñado el combate naval en las islas Echinadas, la escuadra de los cristianos reportó, sin experimentar grandes bajas, una insigne victoria y aniquiló á las fuerzas enemigas.

Por este motivo, el mismo Santo Pontífice, en agradecimiento á tan señalado beneficio, quiso que se consagrara con una fiesta en honor de María de las *Victorias* el recuerdo de ese memorable combate, y despues Gregorio XIII sancionó dicha festividad con el nombre del Santo Rosario.

Asimismo en el siglo último alcanzáronse importante victorias sobre los turcos en Temesvar, Hungría y Corfú, las cuales se obtuvieron en días consagrados á la Santísima Virgen, y terminadas las preces públicas del Santísimo Rosario. Esto inclinó á Nuestro predecesor Clemente XI á decretar para la Iglesia universal la festividad del Santísimo Rosario.

Así, pues, una vez demostrado que esta fórmula de orar es agradable á la Santísima Virgen y tan propia para la defensa de la Iglesia y del pueblo cristiano, como para atraer toda suerte de beneficios públicos y particulares, no es de admirar que varios de Nuestros predecesores se hayan dedicado á fomentarla y recomendarla con especiales elogios. Urbano IV aseguró «que el Rosario proporcionaba todos los días ventajas al pueblo cristiano;» Sixto V dijo que este modo de orar «cede en mayor honra y gloria de Dios,» y que es muy conveniente para conjurar los peligros que amenazan al mundo; León X declaró «que se había instituido contra los heresiarcas y las perniciosas heregías,» y Julio III le apellidó loor de la Iglesia. San Pío V dijo también del Rosario que con la propagación de estas preces «los fieles principiaron á enfervorizarse en la oración y que llegaron á ser hombres distintos de lo que antes eran; que las tinieblas de la heregía se disiparon, y que la luz de la fé brilló en su esplendor.

Por último, Gregorio XIII declaró que Santo Domingo había instituido el rosario «para apaciguar la cólera de Dios é implorar la intercesión de la bienaventurada Virgen María.»

Inspirado Nós en este pensamiento y en los ejemplos de Nuestros predecesores hemos creído oportuno establecer preces solemnes, elevándolas á la Santísima Virgen en su Santo Rosario, para obtener de Jesucristo igual socorro contra los peligros que nos amenazan. Ya veis, venerables hermanos, las difíciles pruebas á que todos los días está expuesta la Iglesia; la piedad cristiana, la moralidad pública, la fé misma, que es el bien supremo y el principio de todas las virtudes, todo está amenazado cada día de los mayores peligros.

No sólo sabeis cuán difícil es esta situación y cuánto sufrimos por ella, sino que también vuestra piedad os hace experimentar con Nós sus amarguras; pues es muy doloroso y lamentable ver á tantas almas rescatadas por Jesucristo, arrancadas á la salvación por el torbellino de un siglo extraviado y precipitadas en el abismo y en la muerte eterna.

En nuestros tiempos tenemos tanta necesidad del auxilio divino como en la época en que el gran Domingo levantó el estandarte del Rosario de María, á fin de curar los males de su época. Ese gran Santo, iluminado por la luz celestial, entrevió claramente que, para curar á

su siglo, ningun reme dio podia ser tan eficaz como el atraer á los hombres á Jesucristo, que es *el camino, la verdad y la vida*, impulsándolos á dirigirse á la Virgen, á quien está concedido el poder de *destruir todas las herejias*.

La fórmula del Santo Rosario la compuso de tal manera Santo Domingo, que en ella se recuerdan por su orden sucesivo los misterios de nuestra salvación, y en ese asunto de meditación está mezclada y como entrelazada con la salutación angélica una oración jaculatoria á Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Nós, que buscamos un remedio á males parecidos, tenemos derecho á creer que, valiéndonos de la misma oración que sirvió á Santo Domingo para hacer tanto bien, podremos ver desaparecer asimismo las calamidades que aflijen á nuestra época.

Por lo cual no sólo excitamos vivamente á todos los cristianos á dedicarse pública ó privadamente y en el seno de sus familias á recitar el Santo Rosario y á perseverar en este santo ejercicio, sino que queremos que *el mes de Octubre de este año se consagre enteramente á la Reina del Rosario*. Decretamos por lo mismo y ordenamos que en todo el orbe católico se celebre solemnemente en el año corriente con esplendor y con pompa la festividad del Rosario, y que desde el primer día del mes de Octubre próximo hasta el segundo día del mes de Noviembre siguiente, se rece en todas las Iglesias curiales, y si los Ordinarios lo juzgan oportuno, en otras iglesias y capillas dedicadas á la Santísima Virgen, al menos cinco diezmos del Rosario, añadiendo las Letanías Lauretanas. Deseamos asimismo que el pueblo concurra á estos ejercicios piadosos, y que, ó se celebre en ellos el santo sacrificio de la Misa, ó se exponga el Santísimo Sacramento á la adoración de los fieles, y se dé luego la bendición con el mismo. Será tambien de nuestro agrado que las cofradías del Santísimo Rosario de María lo canten procesionalmente por las calles conforme á la antigua costumbre. Y donde por razón de las circunstancias esto no fuere posible, procúrese sustituir con la mayor frecuencia á los templos y con el aumento de las virtudes cristianas.

En gracia de los que practicaren lo que queda dispuesto y para animar á todos, abrimos los tesoros de la Iglesia, y á cuantos asistieren en el tiempo antes designado á la recitación pública del Rosario y las Letanías, y oraren conforme á nuestra intención, concedemos siete años y siete cuarentenas de indulgencia *por cada vez*. Y de la misma gracia queremos que gocen los que legítimamente impedidos de hacer en público dichas preces, las hicieren privadamente. Y á aquellos que en el tiempo prefijado practicaren al menos *diez* veces en público, ó en

secreto si públicamente por justa causa no pudieren, las indicadas preces, y purificada debidamente su alma, se acercaren á la Sagrada Comuni6n, les dejamos libres de *toda* expiaci6n y de *toda* pena en forme de indulgencia pontificia.

Concedemos tambien plenísima remisi6n de sus pecados á aquellos que, sea en el dia de la fiesta del Santísimo Rosario, sea en los ocho dias siguientes, purificada su alma por medio de la confesi6n, se acercaren á la Sagrada Mesa y rogaren en algun templo, segun nuestra intenci6n, á Dios y la Santísima Vírgen, por las necesidades de la Iglesia.

¡Obrad, pues, venerables hermanos! Cuanto más os intereseis por honrar á María y por salvar á la sociedad humana, más debeis dedicaros á alentar la piedad de los fieles hácia la Vírgen Santísima, aumentando su confianza en ella. Nós consideramos que entra en los designios providenciales el que en estos tiempos de prueba para la Iglesia florezca más que nunca en la inmensa mayoría del pueblo cristiano el culto de la Santísima Vírgen.

Quiera Dios que excitadas por nuestras exhortaciones é inflamadas por vuestros llamamientos las naciones cristianas, busquen, con ardor cada dia mayor, la protecci6n de María: que se acostumbren cada vez más al rezo del Rosario, á ese culto que nuestros antepasados tenian el hábito de practicar, no sólo como remedio siempre presente á sus males, sino como noble adorno de la piedad cristiana. La celestial Patrona del género humano escuchará esas preces y concederá fácilmente á los buenos el favor de ver acrecentarse sus virtudes, y á los descarriados el de volver al bien y entrar de nuevo en el camino de salvaci6n. Ella obtendrá que el Dios vengador de los crímenes, inclinándose á la clemencia y á la misericordia, restituya al orbe cristiano y á la sociedad, despues de desviado para lo sucesivo todo peligro, el tan apetecible sosiego.

Alentado por esta esperanza Nós suplicámos á Dios por la intercesi6n de Aquella en quien ha puesto la plenitud de todo bien y le rogamos con todas nuestras fuerzas, que derrame abundantemente sobre vosotros, venerables hermanos, sus celestiales favores. Y como prenda de nuestra benevolencia, os damos de todo corazón á vosotros, á vuestro clero y á los pueblos confiados á vuestros cuidados la bendici6n apostólica.

Dado en San Pedro de Roma el 1.º de Setiembre de 1883, año sexto de Nuestro Pontificado.—LEON XIII, PAPA.

EL «BLANQUERNA» DE RAIMUNDO LULIO.

Este peregrino-libro, tan alabado por los doctos, y del que hemos hecho una corta tirada, consta de dos elegantes tomos impresos en casa de Aguado, y se vende por el precio de *seis pesetas*. Mas, queriendo nosotros tener alguna consideración con aquellos de nuestros suscritores, que no lo son desde que la *REVISTA* se fundó, y que no han podido, por tanto, recibir el *Blanquerna*, á éstos les daremos dicha obra por *cinco pesetas*, siempre y cuando (nos dirigimos ahora á los de provincias), envíen por delante el importe, con más *cuatro reales* que nos costará el certificado, pues si el *Blanquerna* ha de llegar á sus manos, bien será tomar estas precauciones, dicho sea en alabanza de nuestra Administración.